



Henry González

2760  
msnm

# Avik

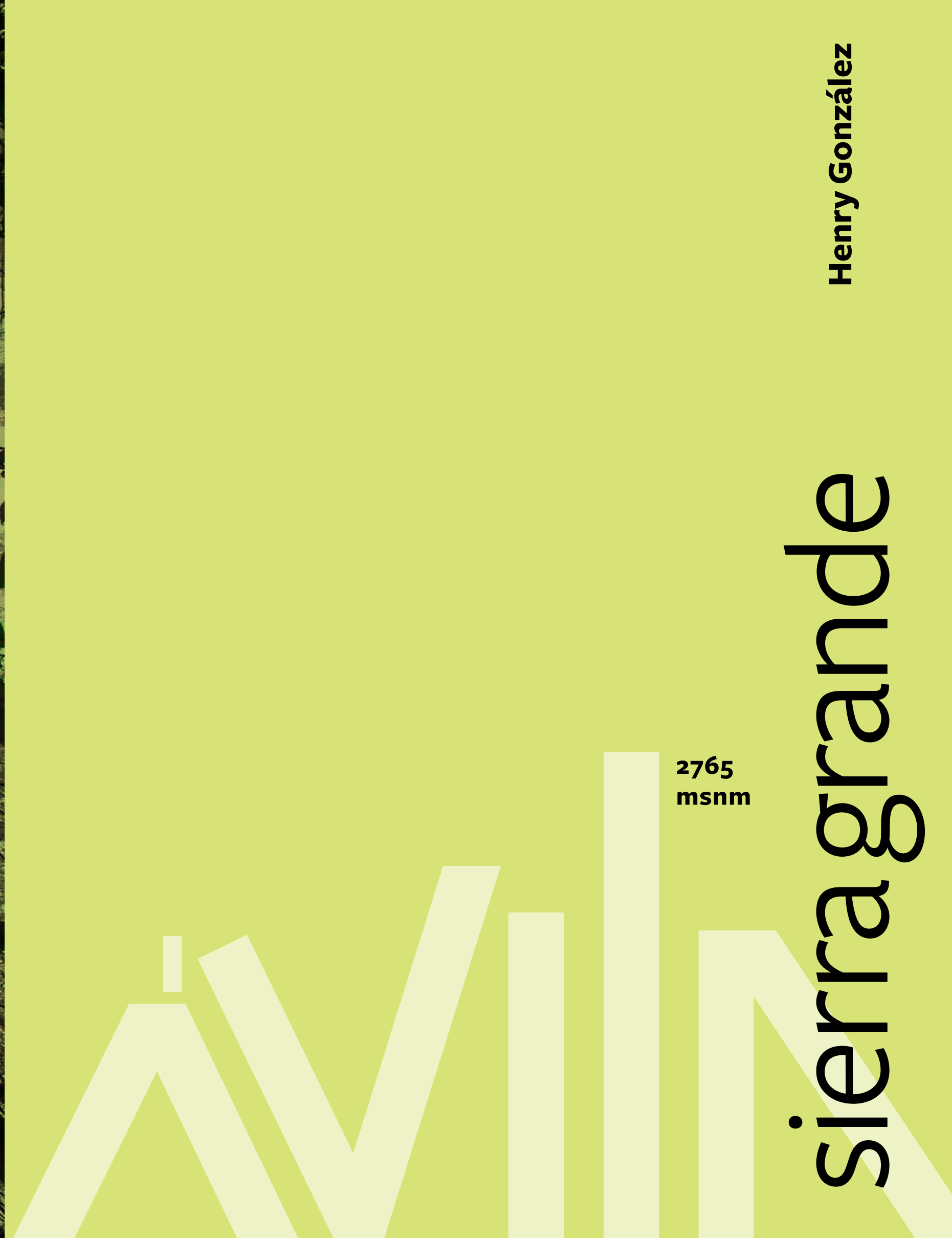
sierra grande











2765  
msnm

# sierra grande

Henry González



## VOLVER A LA SEMILLA

**Alfredo Autiero** | Excursionista y guía de montaña

Las montañas han estado ligadas a la cultura humana desde sus orígenes. Esos portentos que nos invitan a enfocar la mirada hacia horizontes distantes y que, de una u otra manera, se levantan ante nosotros con la fuerza de la tierra misma, esas prominencias que nos hablan con sonidos lejanos del viento, la lluvia y las bestias salvajes, son espejos que nos devuelven el reflejo de lo que somos. Parece que quisieran enseñarnos a descifrar nuestros propios fantasmas, ayudarnos a crecer o invitarnos a ser grandes. La mayoría de las civilizaciones del mundo que se han desarrollado a sus pies, las consideran diosas que a menudo rigen sus ritmos y sus vidas. Los habitantes de sus laderas y valles las han transformado en seres mitológicos que merecen respeto, una veneración que algunos traducen en miedo y otros, los menos, en un amor maternal que nos educa y lleva de la mano hacia lugares lejanos y superiores del espíritu humano.

No quiero exagerar y decir que el Ávila es la única montaña que colinda con una gran ciudad, y ni aun con la capital de un país. Sin embargo, algunos de sus rasgos la hacen especial. El hecho de que se encuentre en una zona tropical, que bañe sus pies con el mar Caribe y, además, esté protegida como parque nacional desde 1958, ha permitido que un infinito número de caraqueños, y en general de venezolanos y extranjeros, se conmuevan con su belleza. A lo largo de la historia, una gran cantidad de científicos, exploradores, poetas, escritores, pintores y fotógrafos, entre otras personas que se han paseado por sus faldas y cumbres, les han otorgado un significado muy importante.

Henry González no ha sido la excepción. Lo conocí hace mucho tiempo en la Universidad Central de Venezuela. Inquieto como cualquier joven de su edad, se me acercó para manifestarme ese sentimiento compartido de amor por la naturaleza y esa curiosidad por la montaña que le impresionaba tanto como a mí. El fotógrafo y escalador venezolano, que nació en la Maternidad Concepción Palacios de la parroquia San Juan y creció en El Valle, no puede negar su condición de caraqueño e hijo del Ávila, el cerro que desde la lejanía lo llamaba con el cariño de una madre para darle consejos y enseñarle a dar sus primeros pasos por sus mágicos mundos.

Han transcurrido varias décadas y el Ávila sigue allí. Luego de explorar los tepuyes de Venezuela y darse a conocer como tepuyero, Henry ha vuelto a sus inicios para fotografiar el cerro con una madurez impresionante. Las imágenes que nos muestra en esta publicación constituyen una prueba de ello y una demostración de su amor por esa sierra grande que lo vio nacer y que lo ha acompañado durante toda su vida.

Tras publicar *Una aventura llamada Tepuy* (2006), *Amazonia Orinoquia, gente de río* (2008) y *Ayantepuy infinito* (2019), Henry ha recibido el llamado de su «hogar» y ha respondido

al clamor de esa «madre», que en sus albores le enseñó sus colores infinitos y su grandeza natural, para entregarnos esta obra con una mirada de profundo respeto y admiración. Así nos marca el norte a todos los caraqueños enamorados de esta sierra grande que día a día nos despierta con una caricia y nos susurra que estamos en casa.

Este libro no es más que la impronta de alguien apasionado por su trabajo. Sus imágenes nos muestran la luz propia de una de las montañas más hermosas del país, a través del lente y la visión de un fotógrafo que es, en esencia, un montañista. No solo ese es el anhelo de Henry. *Ávila, sierra grande* también es un homenaje, ansiado por todos los que amamos las montañas. Siempre nos ha sorprendido la escasa documentación visual sobre el Ávila a quienes nos deleitamos con este tipo de obras.

Merece la pena detenerse en cada una de las imágenes con las que Henry se convierte en un fiel intérprete del mensaje que la montaña que nos ha visto crecer, quiere transmitirnos y enseñarnos. Estoy seguro de que este trabajo descubrirá innumerables secretos guardados con celo por los bosques, las piedras y los caminos que ya algunos hemos recorrido, e invitará a muchos otros a iniciar esa anhelada marcha hacia los brazos amorosos de nuestra querida madre: el Ávila, la sierra grande.

Pionero del montañismo en Venezuela, **Alfredo Autiero** es ingeniero egresado de la UCV. Su pasión por las actividades al aire libre lo impulsó a realizar estudios en las áreas del deporte y el alpinismo. Ha escalado las mayores cumbres de los Andes y realizando los *trekkings* más difíciles en esa zona del continente. En 1991 comenzó, junto con los integrantes del Proyecto Cumbre, a escalar las montañas de Nepal y el Tíbet. En 1997 coronó el monte Dalaughiri, de 8.167 m.s.n.m.



# «Toda emoción de ser caraqueño tiene su origen en el Ávila»

Alfredo Boulton

2765  
msnm

p.176

2200-2765  
msnm

p.132

1600-2200  
msnm

p.102

1200-1600  
msnm

p.60

800-1200  
msnm

p.24

120-800  
msnm

p.12





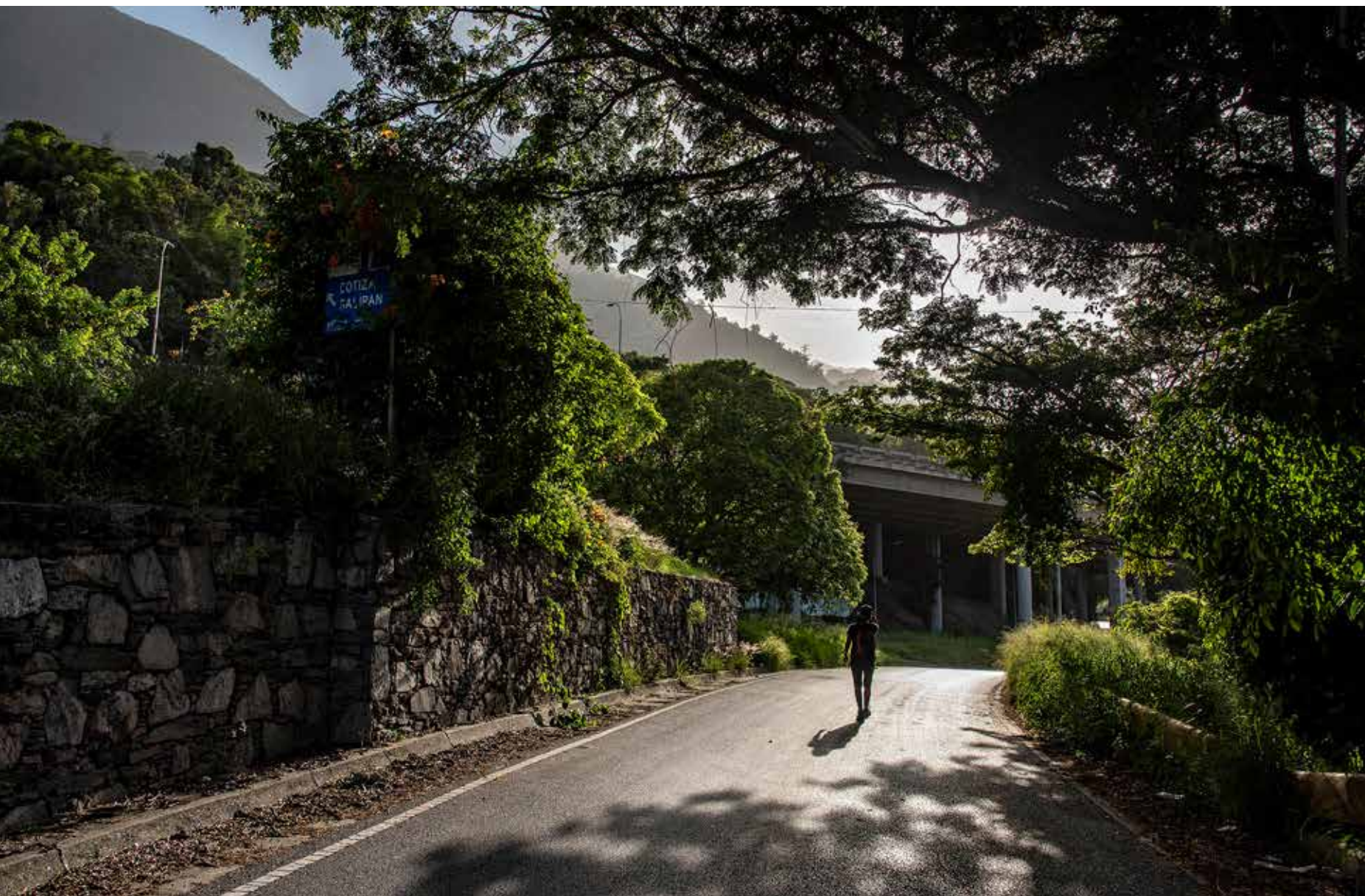
**La montaña recibe el latido naciente de la ciudad. Elevar la mirada a su silueta hendiendo el cielo, atender el verdor dorado de sus faldas, es aceptar una invitación.**

El parque nacional al amanecer. Imagen tomada desde el mirador de La Alameda (Valle Arriba, Caracas).

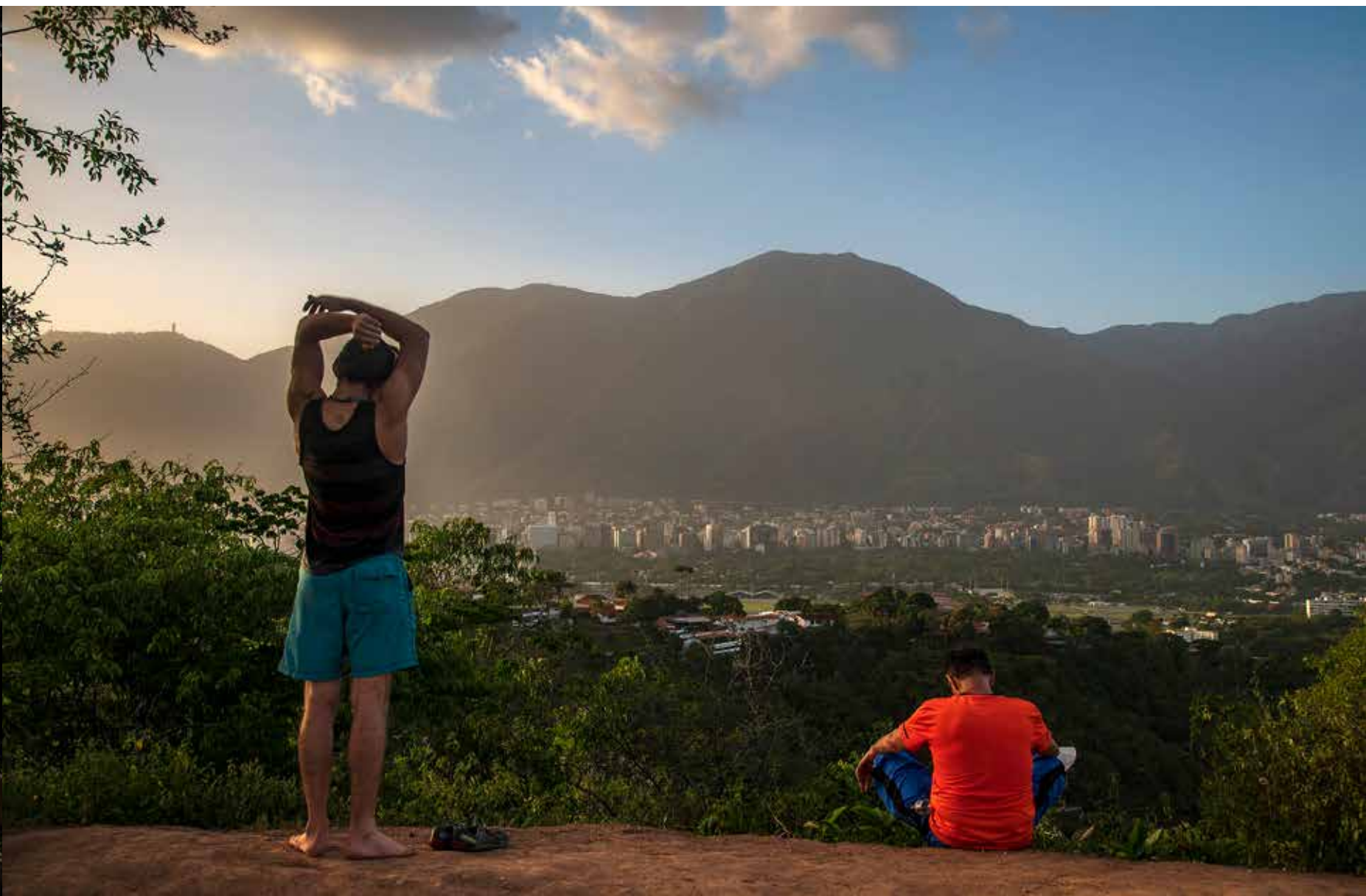
**120-800  
msnm**







Entrada al Ávila desde la Cota Mil.  
Ruta que conduce al puesto de  
guardaparques de Pajarito.



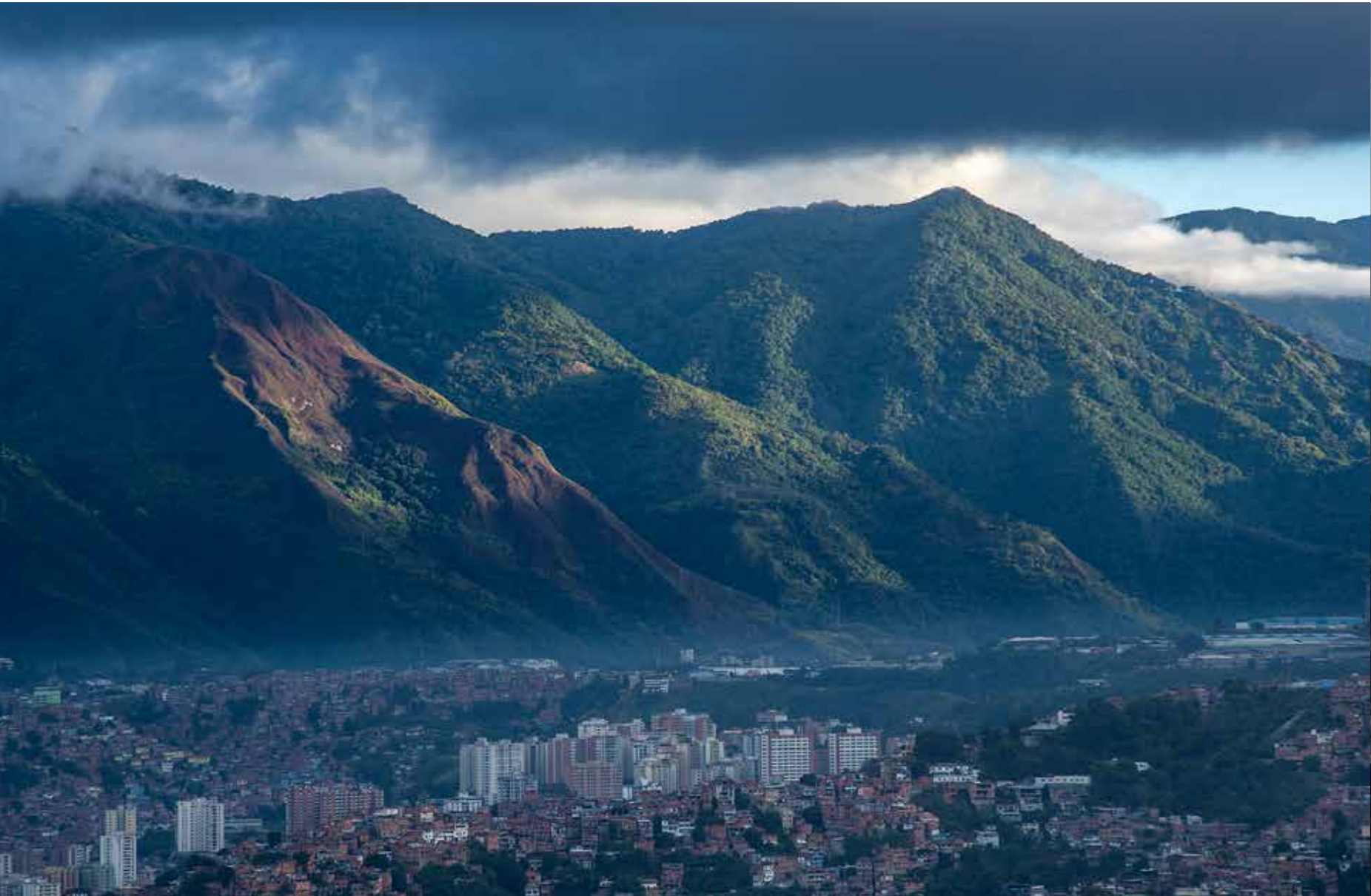
El Ávila desde el parque San Luis  
(El Cafetal, Caracas).





La parroquia Petare, a 840 metros sobre el nivel del mar (m.s.n.m.), con la sección más oriental del Ávila en el fondo.





Sector oriental de la montaña, con la parroquia caraqueña de Petare en el fondo.



Panorámica del Ávila desde la carretera Panamericana. En primer plano, el Poliedro de Caracas y el hipódromo de La Rinconada.





El cerro desde el parque Simón Bolívar, el espacio público del antiguo aeropuerto de La Carlota, que conecta con el Parque del Este.





El Ávila capturado desde el Parque del Este, con el pico Oriental como protagonista.





Parte del Ávila y del casco central de la ciudad, fotografiados al amanecer desde el parque El Calvario.









Siluetas del Ávila al atardecer, con el hotel Humboldt, ícono de la arquitectura de los cincuenta, como protagonista.

800-1200  
msnm

**En el silencio mirar  
el tránsito de las  
nubes es diluirse,  
encontrarse más allá  
de sí. Un viaje  
al centro ocurre.**





Estatua de la Virgen de la Inmaculada Concepción en la subida al puesto de guardaparques de Chacaito.





Un grupo de montañistas en el sendero  
boscoso que conduce al puesto de  
guardaparques de Chacalito.



Excursionistas caminando en dirección a la  
quebrada Sebuacán.





El estribo de Duarte, con parte de Caracas en el fondo. Imagen capturada desde algún punto de la subida a la piedra de Cachimbo.



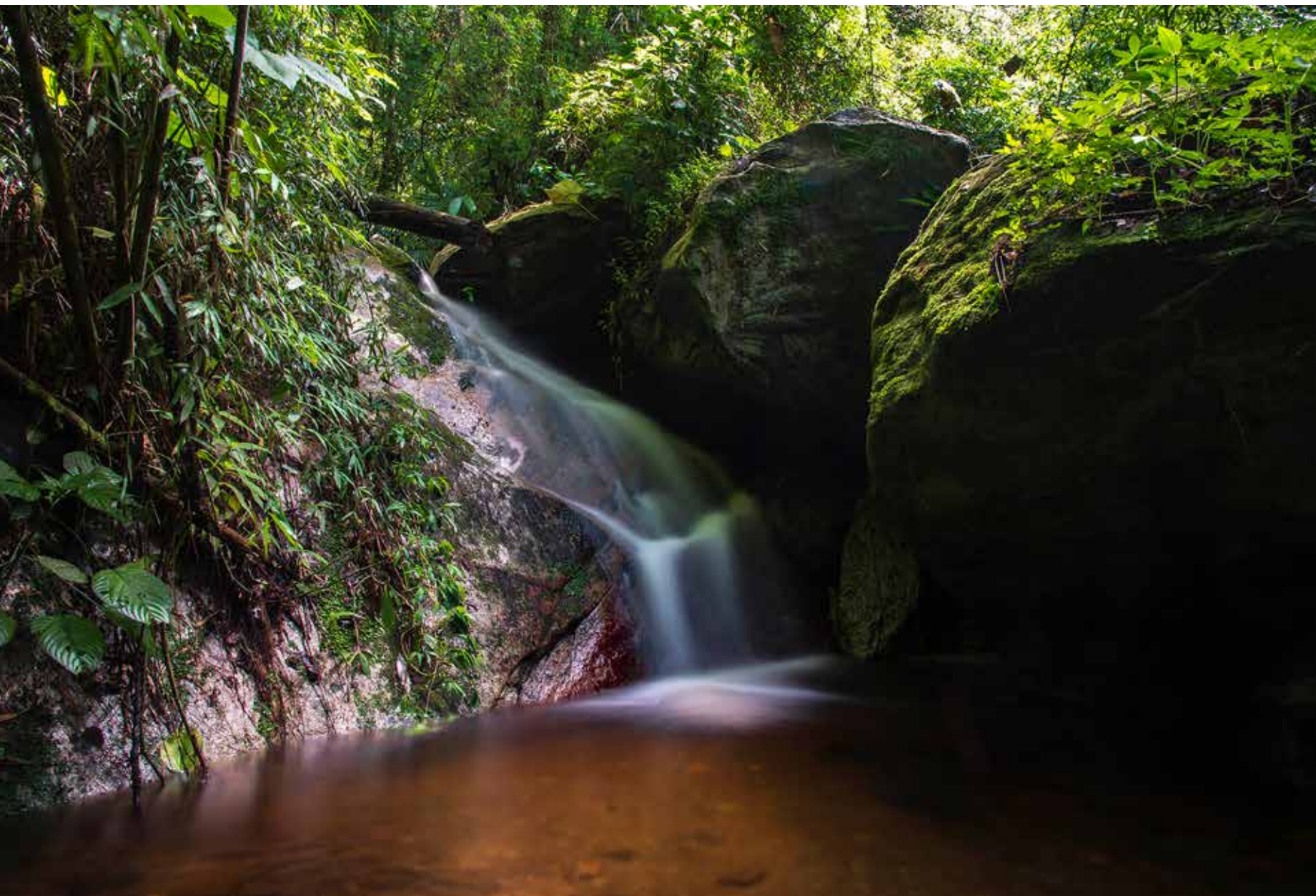


Ruta que va desde la quebrada Sebacán (965 m.s.n.m) hasta el mirador de la Piedra del Indio (1,600 m).

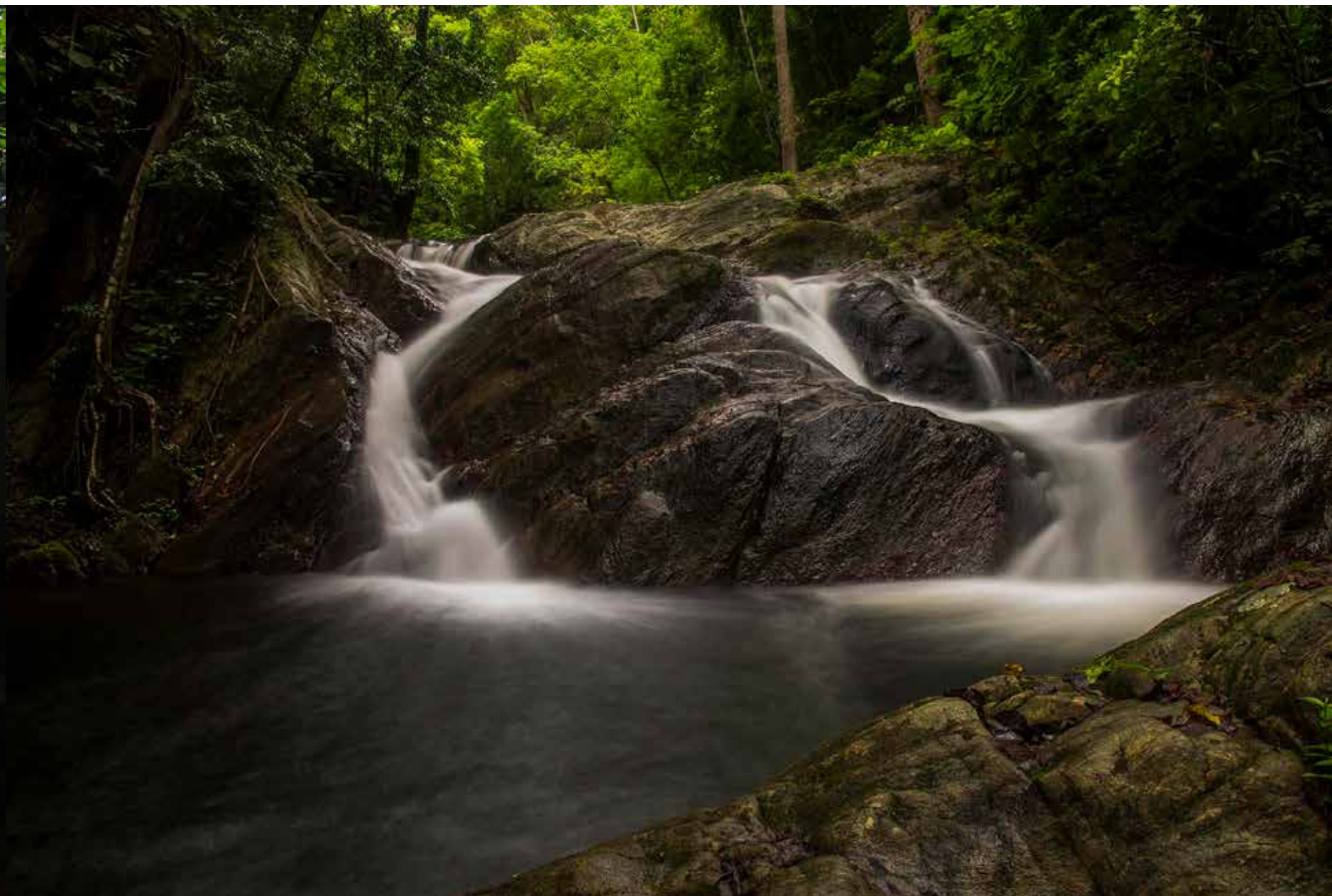


Un excursionista asciende, a tempranas horas de la mañana, hacia el puesto de guardaparques de Cachimbo.





Retrato de la quebrada Sebudán,  
en pleno corazón del cerro.

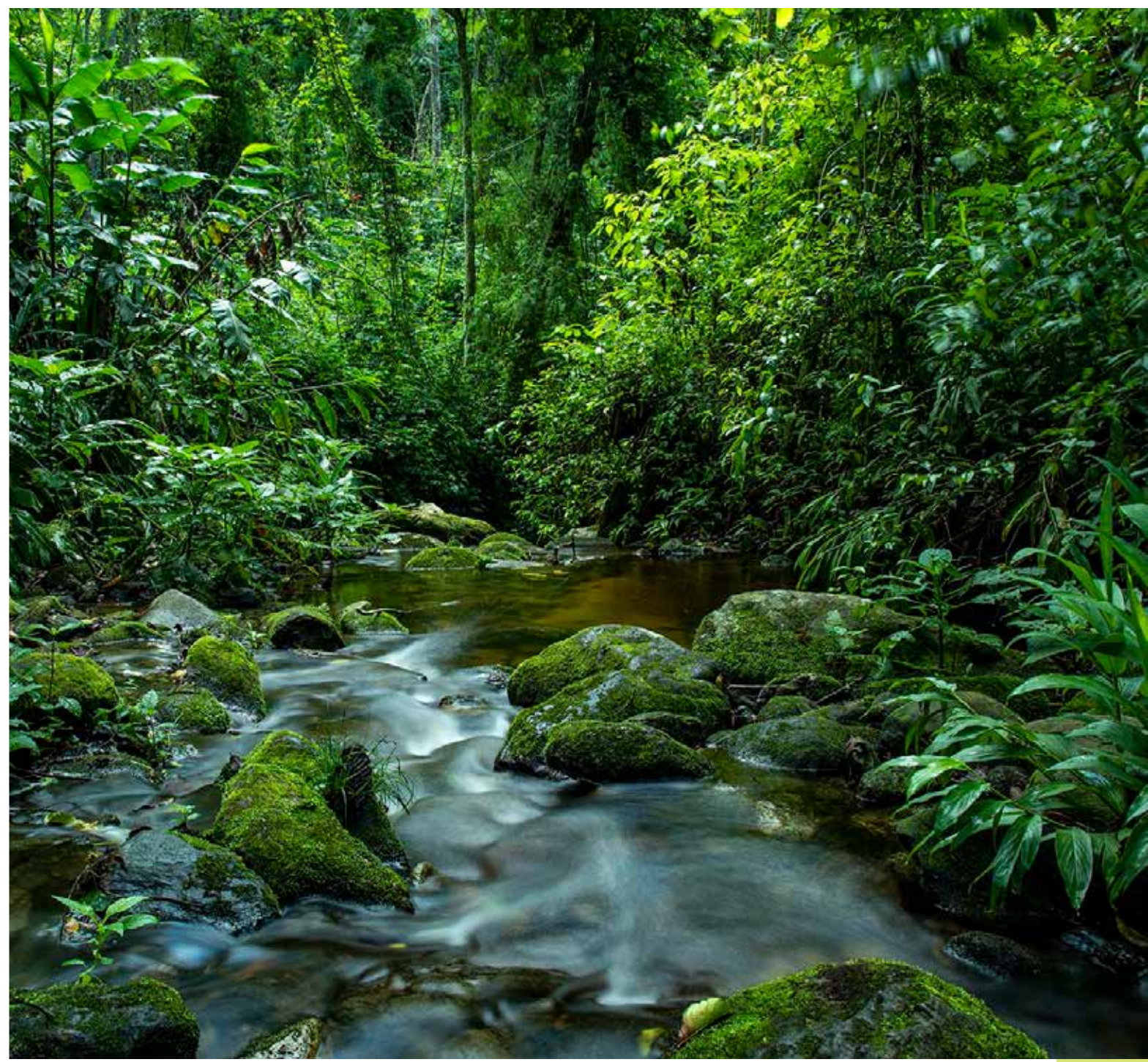


Río La Churra o río del Norte, en el sector  
oriental del parque nacional.





Quebrada Tócome, curso de agua entre la piedra de Cachimboy y el estribo de Duarte, a unos 1500 metros sobre el nivel del mar.



Otra perspectiva de la quebrada Tócome. La pequeña cañada nace en el parque nacional y escurre por el sector este de Caracas.





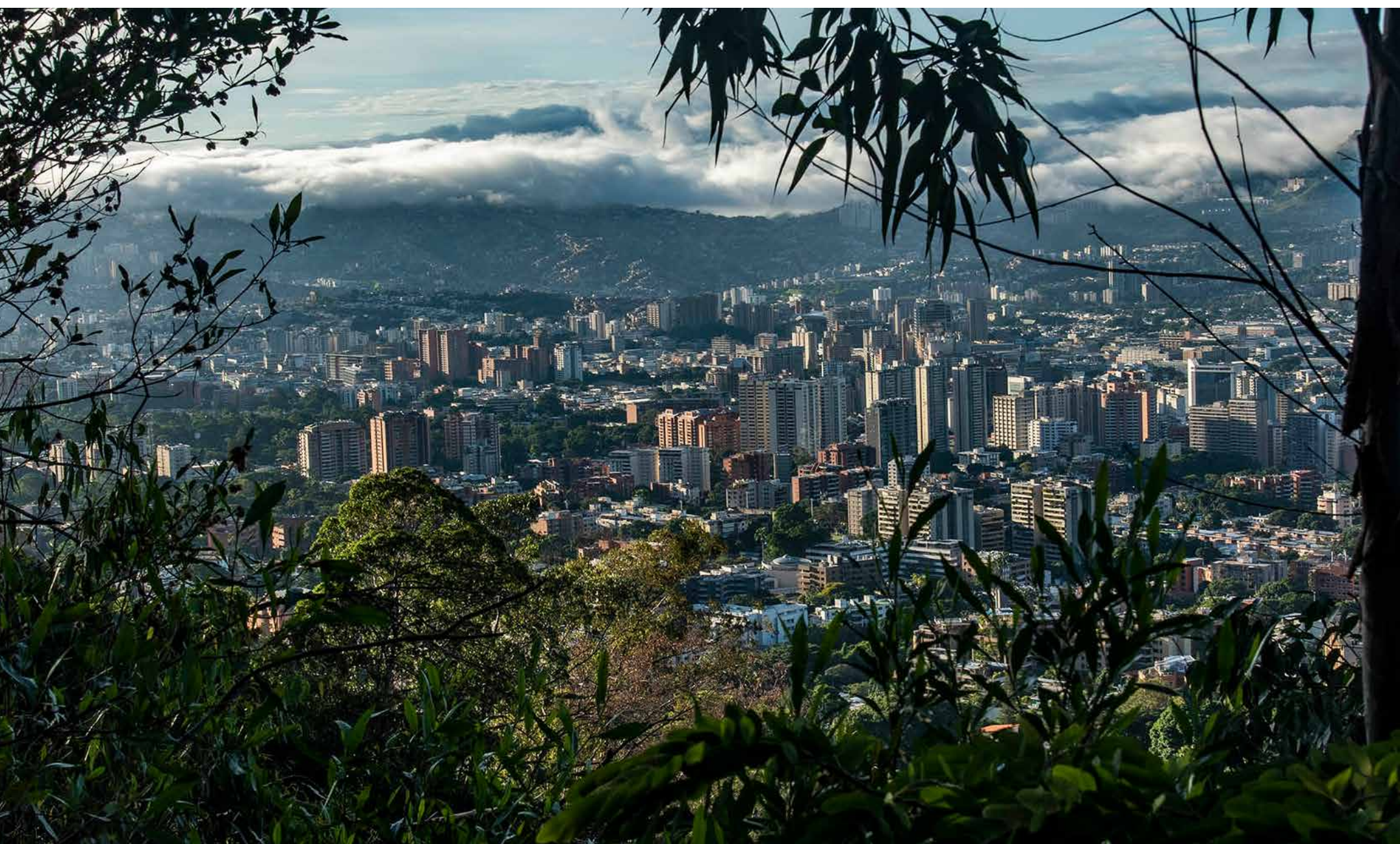
Quebrada Quintero, un arroyo con dos piscinas naturales que cae desde un cañón de piedra.



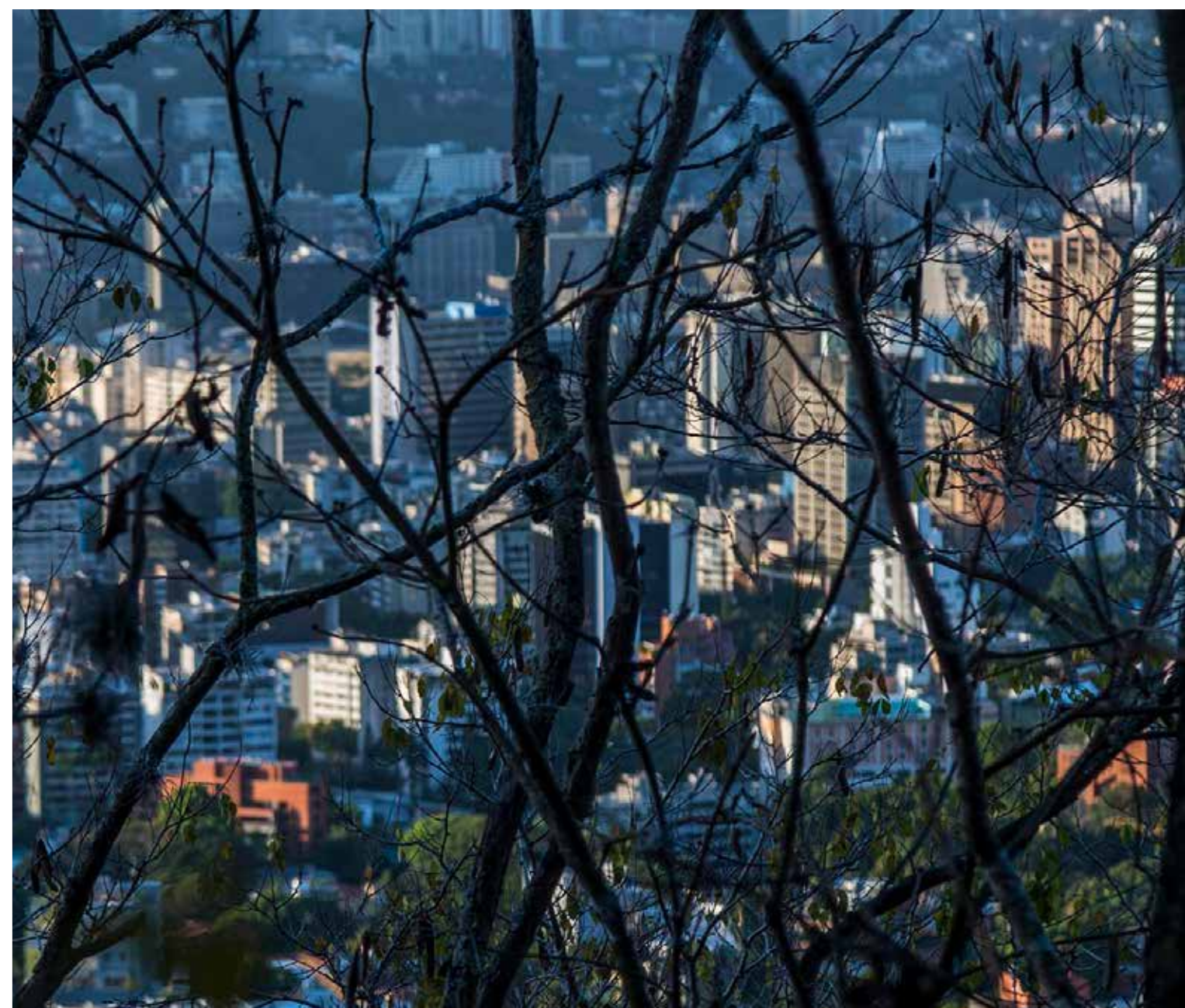


Otra perspectiva de la quebrada Tócome. La pequeña cañada nace en el parque nacional y escurre por el sector este de Caracas.





Vista de Caracas desde algún punto del camino que conduce a la quebrada Sebuacán.



Panorámica de la ciudad, a través del follaje del Ávila, en la ruta hacia la quebrada Pajaritos.





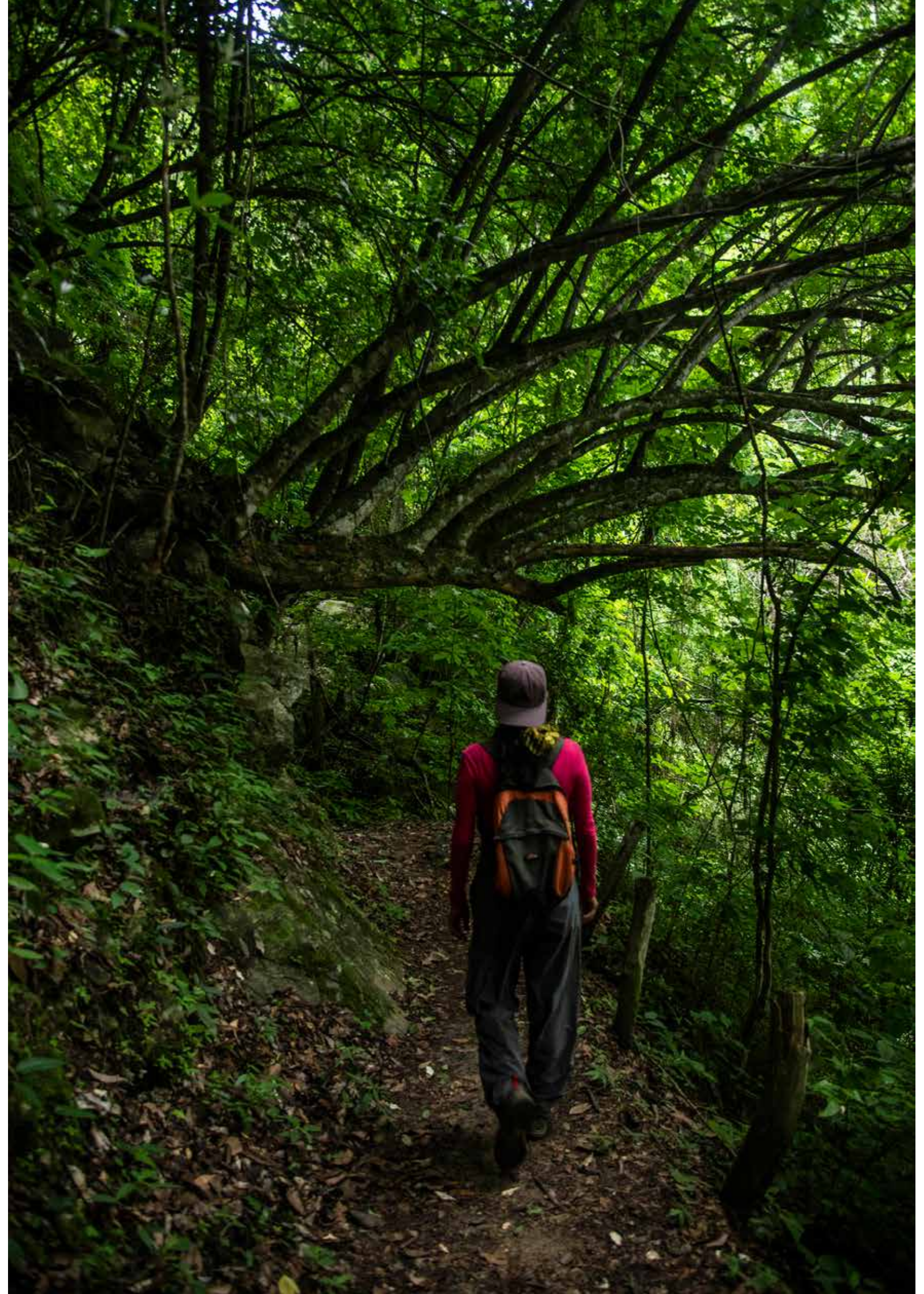
Retrato de grupos de excursionistas, mientras toman una pausa en la Piedra del Indio, con Caracas como telón de fondo.







Dos excursionistas contemplan la ciudad desde un claro del bosque avileño. Fotografía tomada en algún punto del camino hacia la quebrada Sebucán.



Caminantes cerca del sector Loma del Cuño (1254 m.s.n.m).





Línea del teleférico del Ávila. Imagen tomada desde el sector Loma del Viento (1.180 m.s.n.m.).





Otra perspectiva de Caracas, enmarcada dentro de la espesa vegetación del parque nacional.

Ruta No te apures (861 m.s.n.m.) – Asiento de La Silla (2.347 m). Senda de abundantes raíces, rocas y vegetación.





Parte del sendero que lleva a los excursionistas a Loma Matamoros.

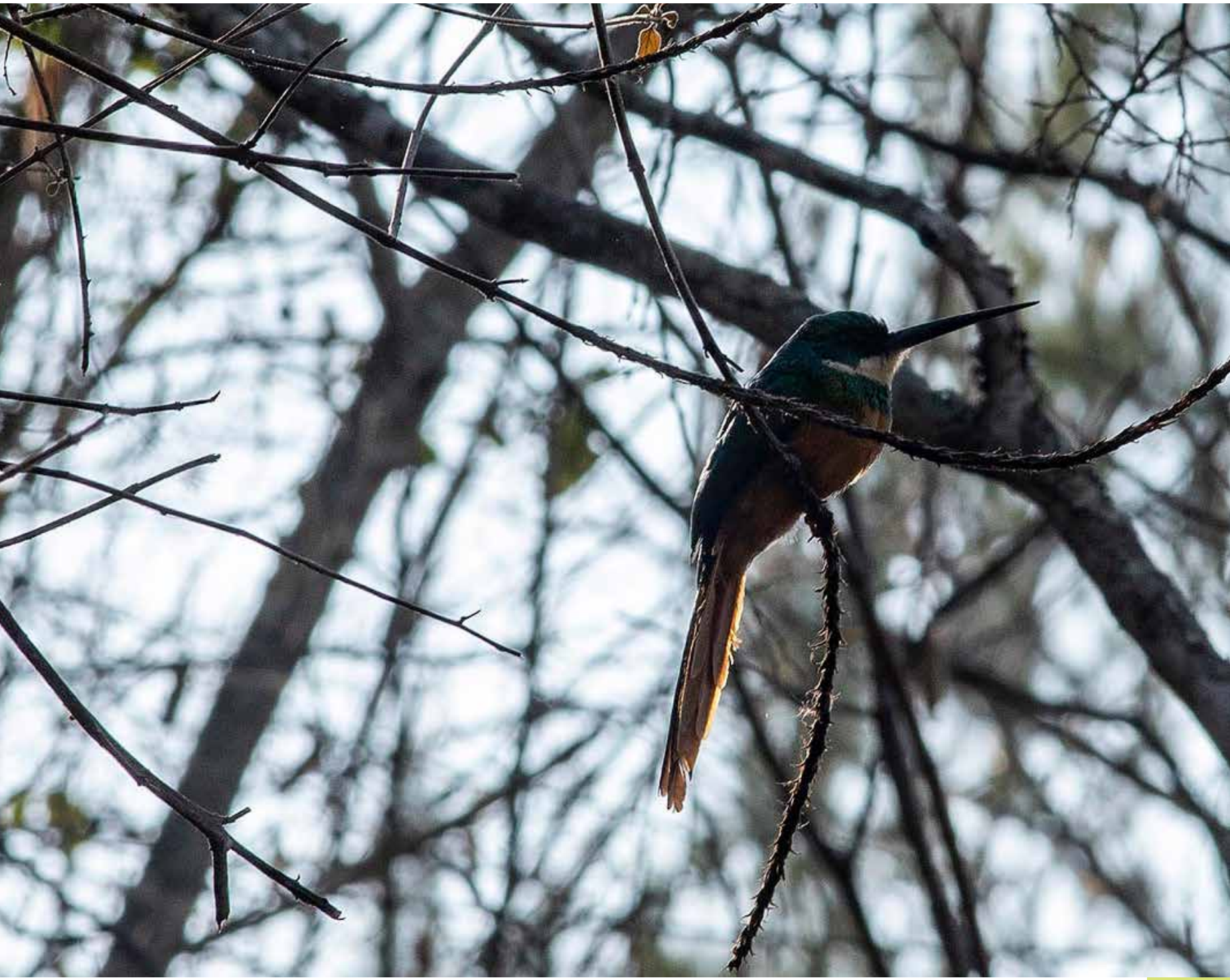


Paisaje del corredor natural que conduce hacia el sector Papelón.





Detalle de la frondosa vegetación del cerro Ávila. Imagen capturada durante la época de sequía.



Retrato del tucuso barranquero (*galbula ruficauda*). Es un ave de largo pico y colores brillantes, nativa del Neotrópico.









Cascada Paraíso Norte. Sector oriental del Ávila.



Salto El Cañón. Sector Paraíso Norte





Vista del pico Oriental desde Loma Matamoros.





Selva nublada cerca de la cueva de los  
Palmeros de Chacao.

**1200-1600  
msnm** ↗

**La bruma expresa  
un aroma, una textura.  
Caminar es adentrarse,  
traspasar cortinas,  
entregarse con todos  
los sentidos al blanco  
espeso.**





Detalle de las aguas de manantial del río Pacairigua.

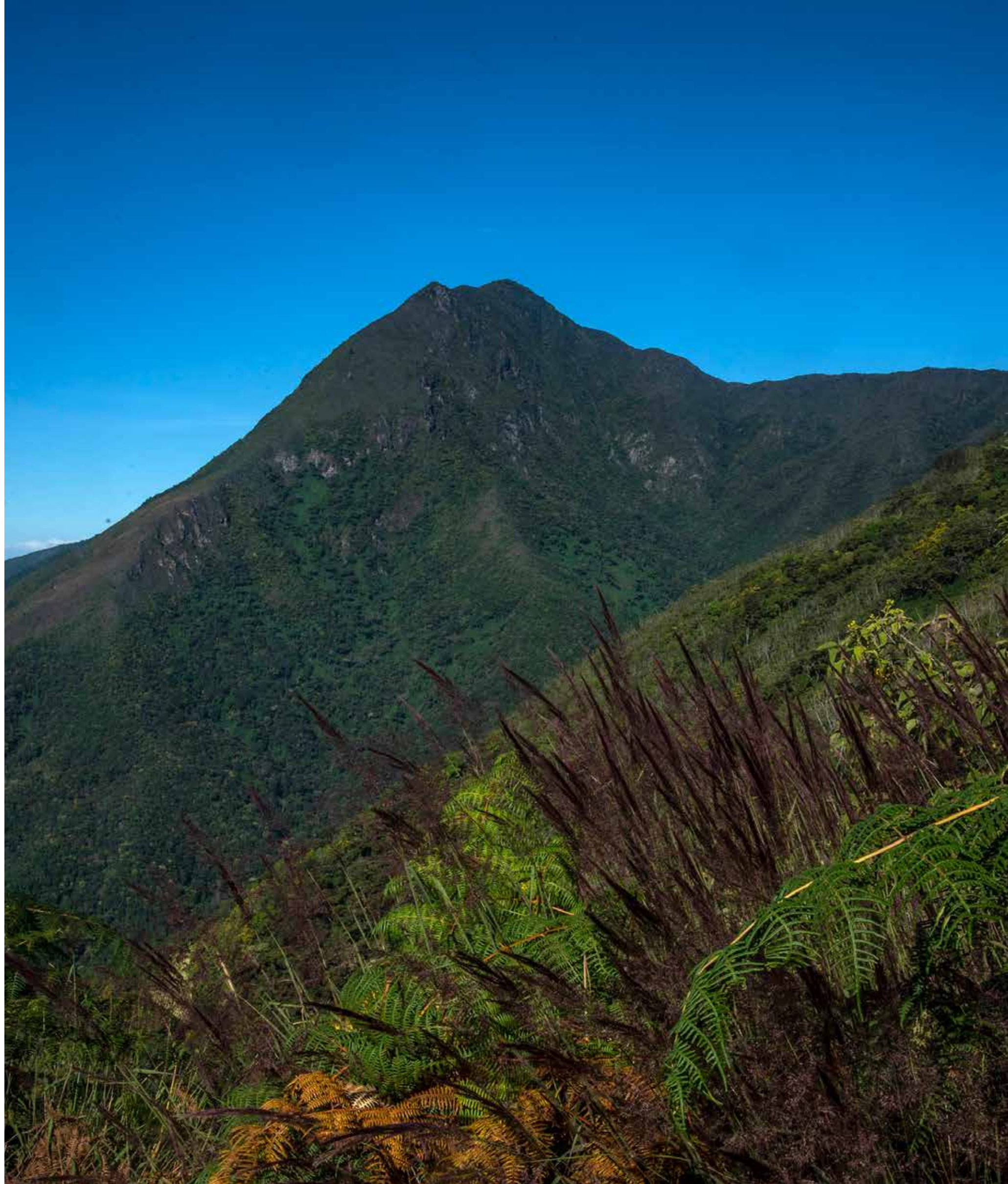


Un grupo de excursionistas bordean el cauce del río La Churca o río del Norte.





Vista de Caracas desde el topo Dos Banderas.



Perspectiva del pico Oriental (2.625 m.s.n.m.), desde algún punto de la ruta de No Te Apures.





Sendero de densa vegetación que conduce a la quebrada Pajaritos.



Un grupo de excursionistas, mientras atraviesa a pie el bosque de eucaliptos del sector La Zamurera.





Un grupo de excursionistas en camino hacia el mausoleo del doctor arbustos, en camino hacia el mausoleo del doctor Gottfried August Knoche.



Ruinas del mausoleo del doctor Knoche. Sector Knoche del cerro Ávila (1300ms.n.m).



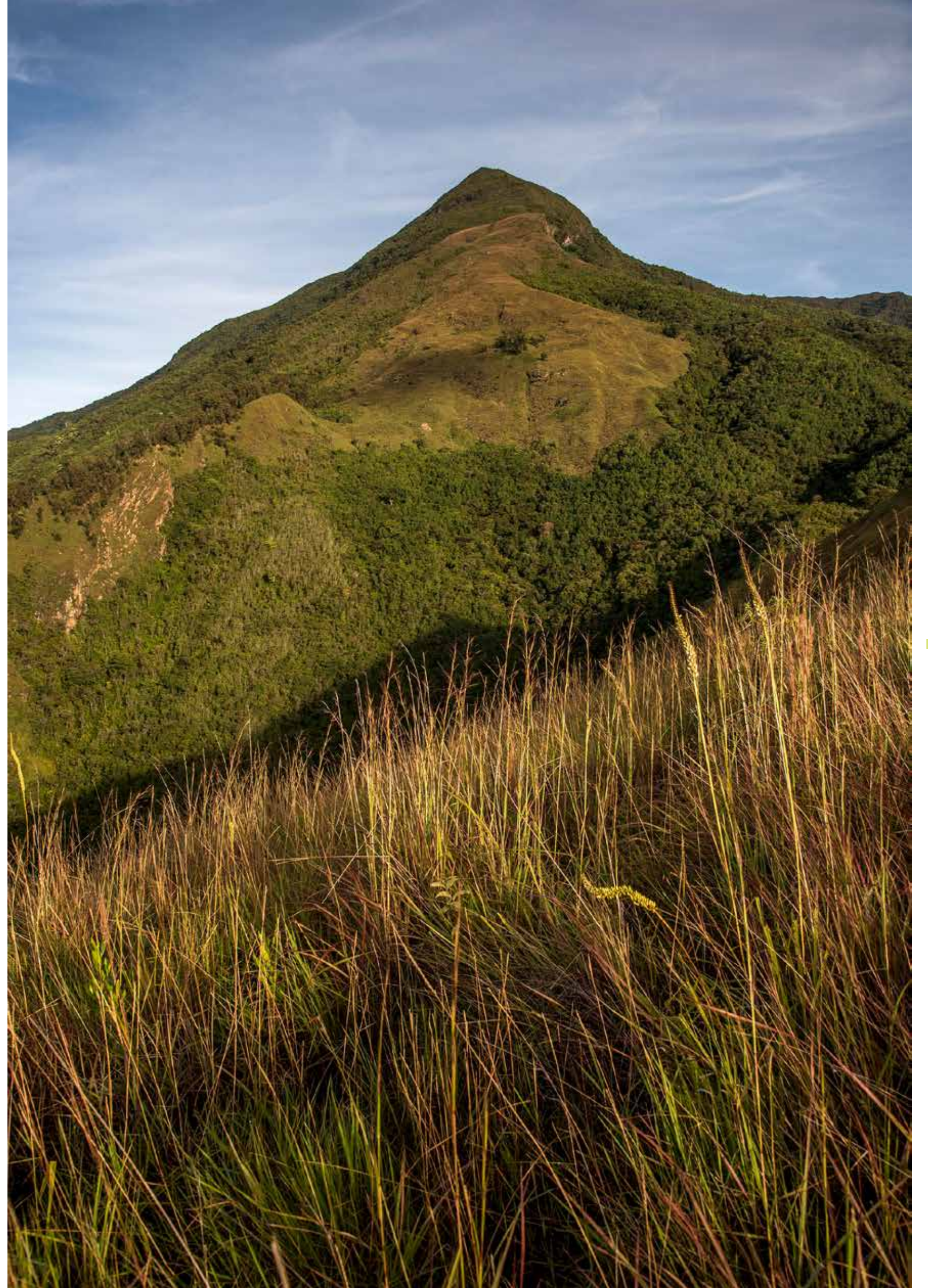


Otra vista del pico Oriental, desde el puesto de guardaparques de Loma del Cuño.





Los variados tonos verdes de la vegetación del Ávila durante un día nublado.



Retrato del pico Oriental desde el estribo de Duarte (1.450 m.s.n.m.).

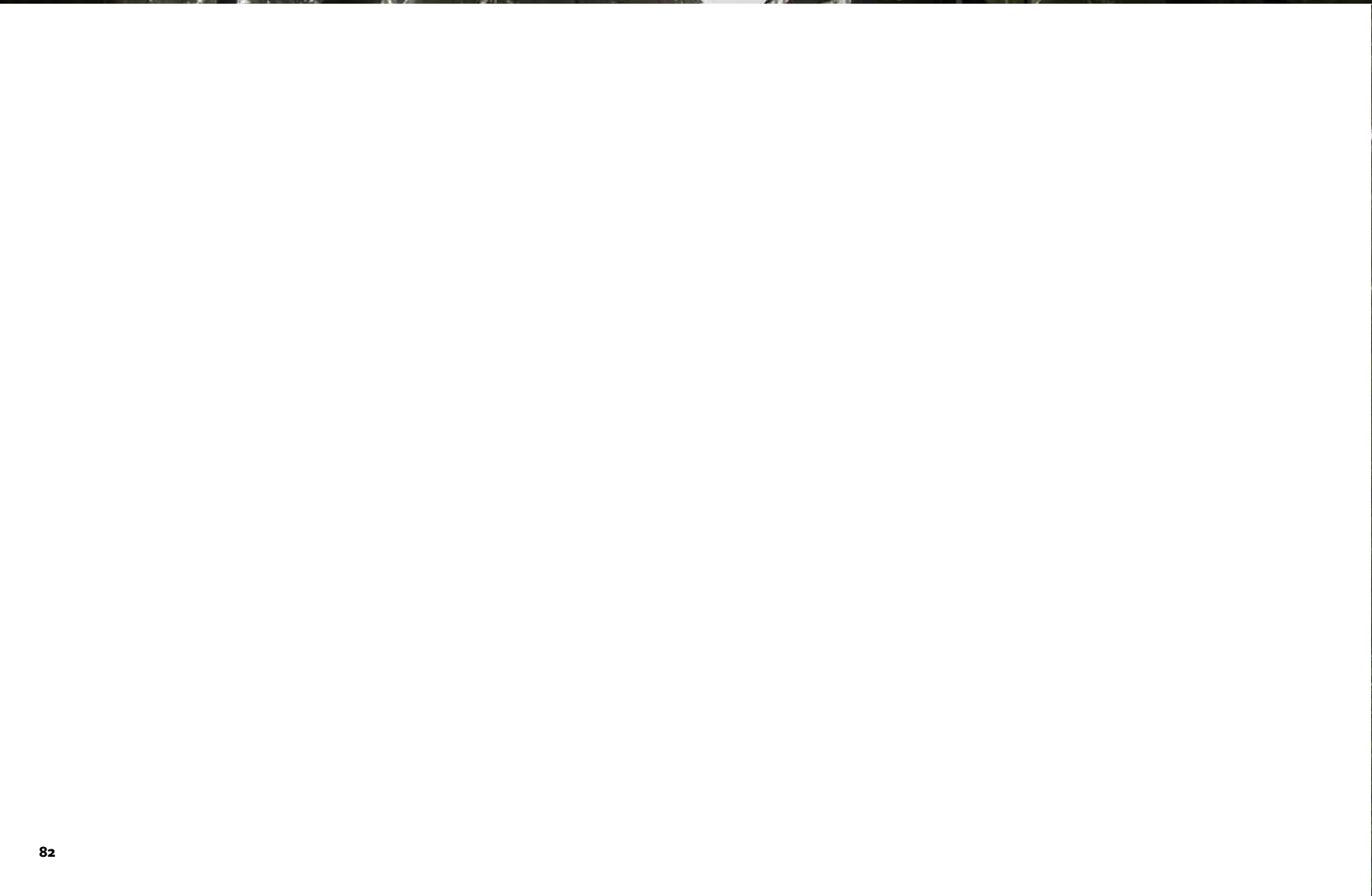








Otra vista de la selva nublada, tomada cerca del sector Rancho Grande.











Detalle de la perenne caída de agua  
de la quebrada Quimero.





Parte alta de la quebrada Quintero  
(1,069 m.s.n.m.).









Vagón del teleférico del Ávila, enmarcado dentro del bosque y la densa neblina. Ruta Papelón – Pinabetes.





Panorámica de Caracas desde el puesto  
de guardaparques de La Julia.





Vista de la Fila Maestra y el pico Naiguatá, tomada en horas de la mañana desde el sector La Julia.





El pico Oriental, envuelto en un mar de nubes de algodón, con la mejor luz del amanecer. Imagen capturada desde topo Galindo.





Otra perspectiva del pico Oriental, esta vez tomada desde la ruta Papelón - Matamoros.





La Cruz de los Palmeros de Chacao, cerca  
de la cima del pico Oriental.





El pico Occidental al atardecer. Fotografía tomada desde el sector Lagunazo.





Caracas bajo la bruma al atardecer, desde  
un lindero del pico Oriental.

**1600-2200  
msnm**



**Abajo, a lo lejos,  
el rumor de la ciudad  
feroz y tan verde,  
incapaz de ocultar  
su parentesco con  
el cerro que la guarda.**





Zona boscosa del Ávila entre el pico Oriental y la quebrada Tócome (Paraiso).



Parques de bosques, claros y praderas del Ávila, entre las laderas del sur del pico Oriental y la quebrada Tócome (Paraiso).



Selva nublada de diferentes tonos verdes, localizada cerca del sector Rancho Grande.



Parques de bosques, claros y praderas del Ávila, entre las laderas del sur del pico Oriental y la quebrada Tócome (Paraiso).





Helechos y líquenes característicos de la verde vegetación del parque nacional.





Las palmas recogidas por los palmeros de Chacao, cerca de la ruta de No Te Apures.





Senda boscosay nublada en la ruta No Te Apures - Silla de Caracas.



Excursionistas en el tramo central de La Silla de Caracas (2.200 m.s.n.m.).





Práctica de escalada y rapel en la parte alta de la quebrada Quintero.





Montañistas realizan el descenso de la montaña desde algún punto entre Ruta 77y Cueva Emilia.



Un paseante solitario en la selva nublada que cubre el sector Papelón.





El querreque (Cyanocorax yncas), colorida ave del continente, y frecuente moradora del Ávila.



Escarabajo fotografiado cerca del sector de los bambucillos, muy cerca de Lagunazo.





Montañistas en un bosque cerca de la ruta No. 7  
Apures, que conduce a La Silla de Caracas.









El pico Oriental, fotografiado al amanecer desde el mirador del topo Dos banderas.



Panorámica de Caracas, con sus primeras luces encendidas al final de la tarde.





Fachada norte del cerro Ávila, con el  
mar Caribe en el fondo.





El pico Naiguatá atrapado entre las nubes. Perspectiva tomada desde algún punto de la Fila Maestra.





El Picacho, la monumental montaña rocosa del Ávila, situada en el lado oeste de Galipán.

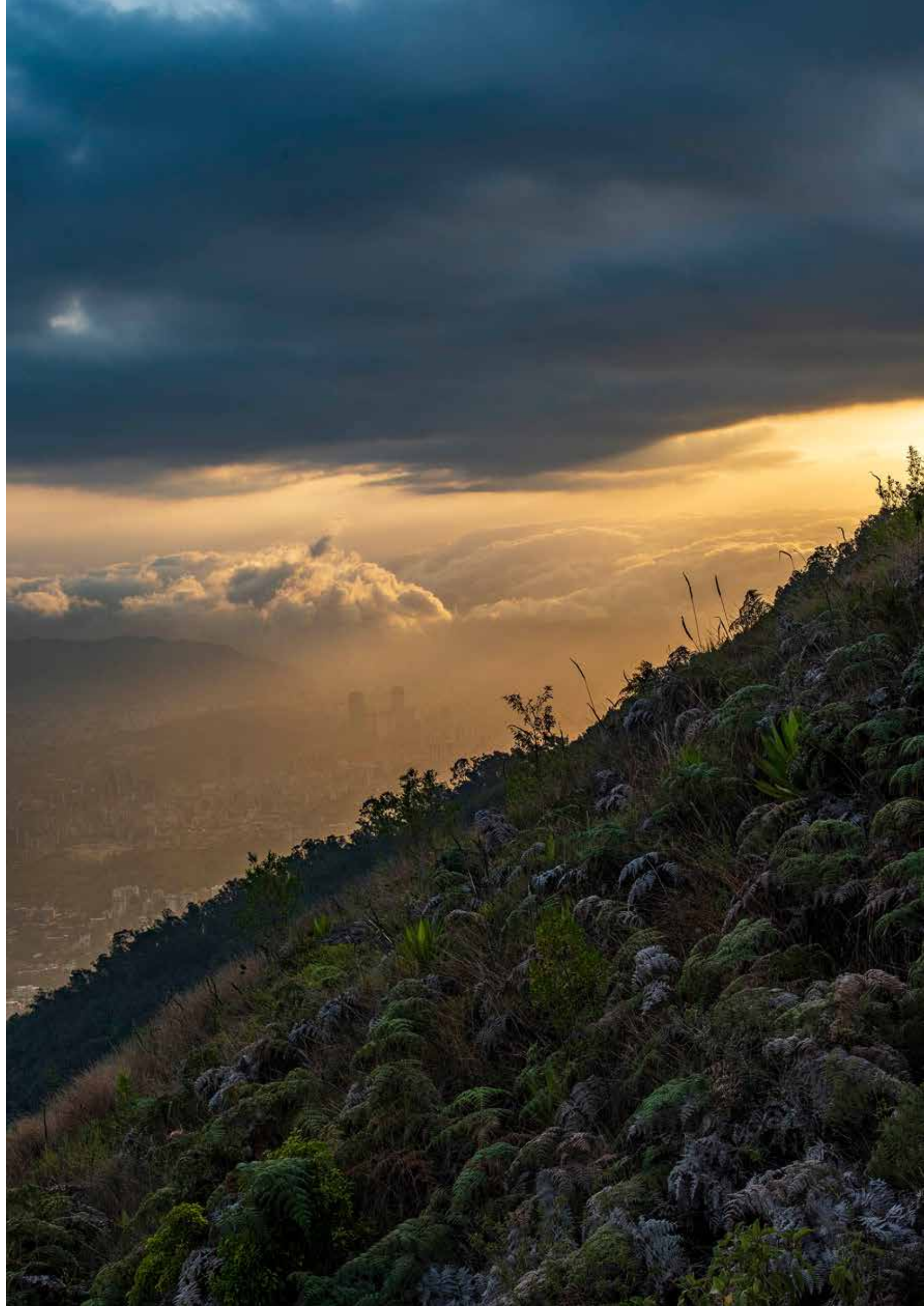


Topo Santa Rosa. Imagen capturada desde el pico Naiguatá.





Retrato del pico Oriental, rodeado de nubes lenticulares.



Atardecer desde las laderas del sur del pico Oriental, con la ciudad en el fondo.





Atardecer sobre la montaña desde  
el mirador Dos Banderas.





Detalle del capín melao (*melinis minutiflora*), hierba perenne que cubre extensas áreas del parque.





**2200-2765  
msnm**



Amanecer desde el pico Naiguatá,  
con el Picacho de Galpán en el  
fondo.

**El sol es manto,  
acaricia las laderas  
del Ávila  
y la espalda de quien  
las recorre. Lo celeste  
venera la montaña  
interminable.**





Intricado ascenso al pico Oriental, en  
algún punto cerca de la Cruz de los  
Palmeros de Chacao.

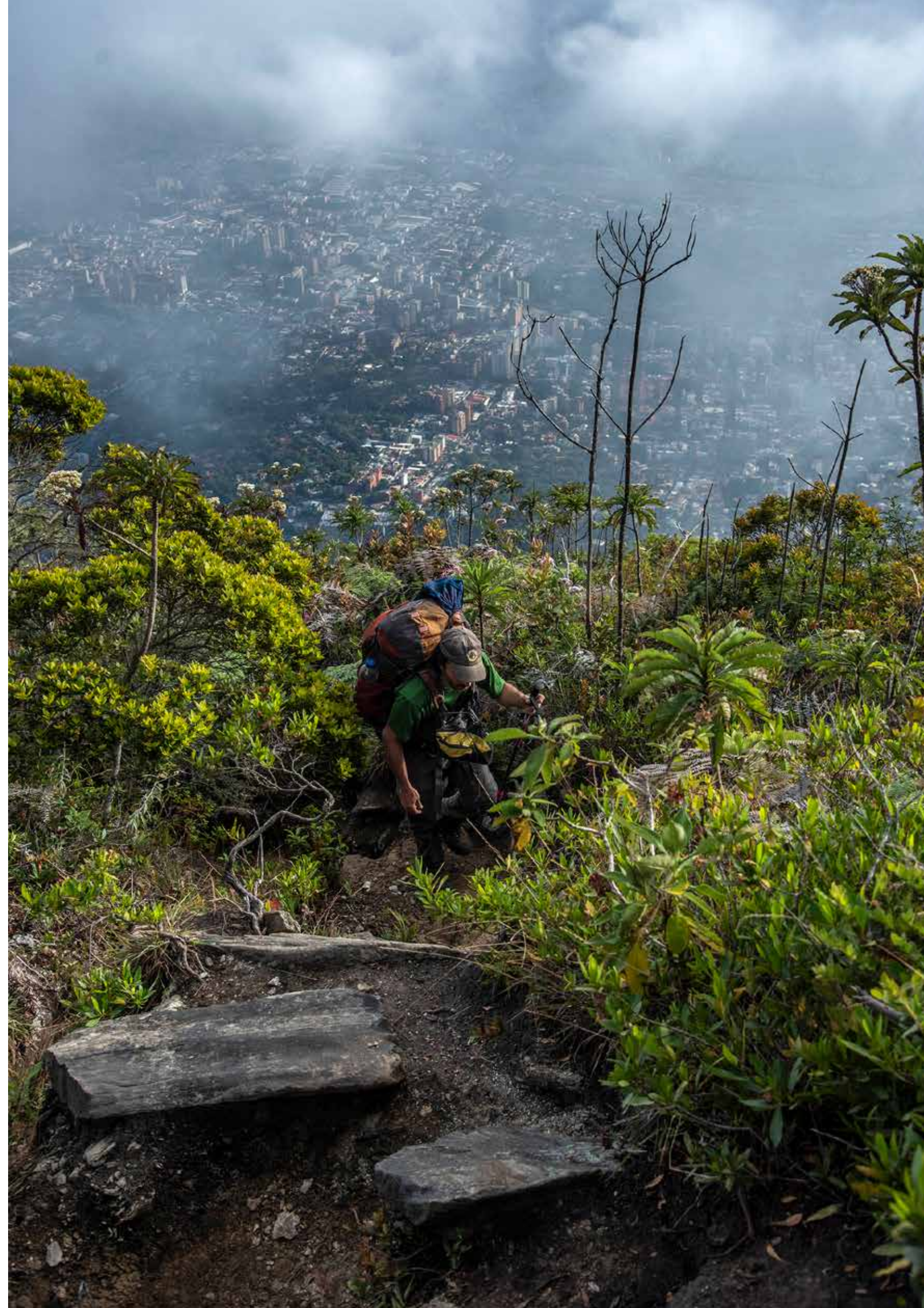


Un grupo de excursionistas inicia el descenso  
de la montaña desde el pico Naguayatá





Excursionista en la ruta del pico Oriental, con la vegetación del cerro y la ciudad como telón de fondo.



Un excursionista durante su ascenso al pico Oriental. Caracas en el fondo.





Vegetación de subpáramo en los alrededores del pico Oriental.



Nube posada sobre la selva nublada del sector Rancho Grande.





Ananecer desde el Lagunazo, con el  
pico Naiguatá de fondo.





Atardecer desde topo Galindo, con el pico Oriental y un mar de nubes sobre la ciudad.





El pueblo de Galipán y el hotel Humboldt,  
iluminados durante la noche.





Caracas de noche, desde  
el pico Oriental.



Vista desde la cima donde se encuentra la Cruz de los Palmeros de  
Chacao, con Caracas iluminada al anochecer.





Vista de Caracas bajo las nubes, al anochecer.





Campamento de un grupo de excursionistas en Lagunazo, con las últimas luces del crepúsculo.



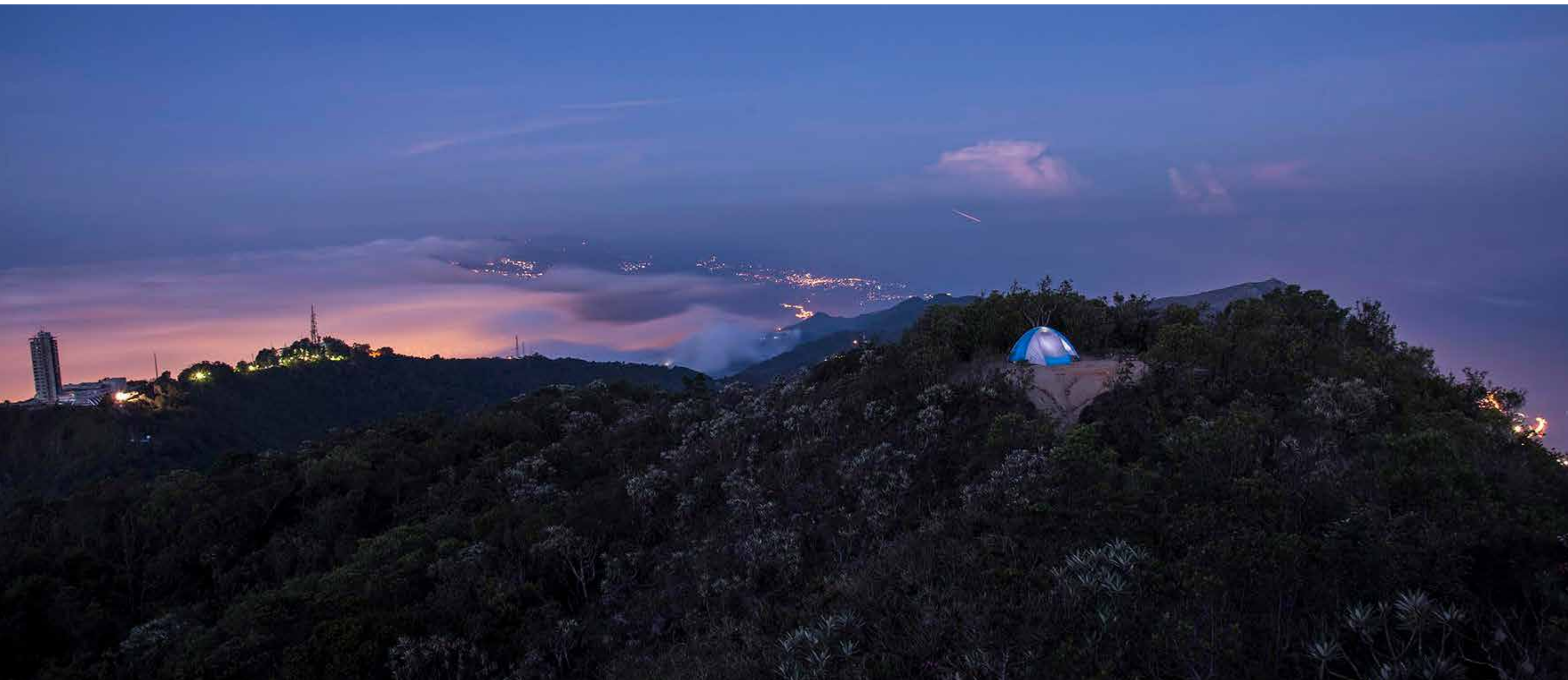






El crepúsculo en el pico Oriental. Imagen capturada desde topo Urquijo.





Acampada en Lagunazo, con el hotel Humboldt y la ciudad  
a lo lejos, durante las primeras horas de la noche.













Un grupo de excursionistas bajo la bandera tricolor, izada muy cerca del hotel Humboldt.



Un fotógrafo en acción en la Cruz de los Palmeros de Chacao, cerca del pico Oriental.









Excursionistas en la Fila Maestra, cerca del pico Oriental, en dirección al Picacho de Galipán.





Otra rocosa zona de la Fila Maestra, en dirección al pico Oriental.



Excursionistas durante su recorrido por la Fila Maestra.





Un corredor de senderos (trail runner),  
llegando al anfiteatro del pico Naiguatá.



Otro grupo de practicantes de trail running,  
carrera a pie en plena naturaleza. Imagen  
tomada cerca del pico Naiguatá.





Un grupo de montañistas contempla la ciudad a primeras horas de la mañana desde la cruz del pico Naiguatá.





Excursionistas fotografiados al atardecer en la Cruz del pico Naiguatá, el más elevado de la cordillera de la Costa (2.765 m.s.n.m.).





**Un último acto  
trepidante y la  
montaña se vuelca  
hacia sí misma. Su  
silueta silenciosa  
permanece, protección  
a la ciudad que no  
duerme. Hasta el día  
después.**





Descenso al amanecer de un grupo de excursionistas desde la cumbre del pico Naiguatá.

















Varios excursionistas toman un descanso y comparten experiencias en la parte alta de la Cruz de los Palmeros de Chacao.



La Cruz de los Palmeros de Chacao, tomada de perfil, con la ciudad oculta bajo un manto de nubes.













Otro grupo de visitantes en la Fila Maestra.



Una excursionista con su morral en hombros inicia el descenso desde el anfiteatro de Naiguatá hacia el puesto de guardaparques de La Julia.





Vista general del sector Mecedores y la loma Matamoros.  
Fotografía tomada desde el hotel Humboldt.





La estación más alta del teleférico de Caracas, vista desde el hotel Humboldt.





Panorámica del hotel Humboldt y la estación más alta del teleférico, con Galipán y la costa en el fondo. Imagen capturada desde el pico Oriental.







El hotel Humboldt iluminado, bajo un manto de nubes y con las últimas luces del atardecer.





Panorámica de Caraballeda, parroquia del estado La Guaira (antes Vargas), ubicada en el litoral central venezolano. Imagen capturada desde Lagunazo.



Imagen al atardecer de la fachada norte del Ávila y sus distintos relieves, con la costa del litoral en el fondo.













Amanecer sobre el pico Oriental, desde el  
pico Occidental.



## ÁVILA, SIERRA GRANDE

**Henry González**

El montañismo en el Ávila representa para mí y muchos otros venezolanos una parte esencial de nuestras vidas. El parque nacional, situado en el tramo central de la cordillera de la Costa, en el norte de Venezuela, es un recurso natural de incalculable valor para nosotros, los habitantes de Caracas, no solo por su singular belleza y rica biodiversidad, sino también por la oportunidad que nos ofrece, muy cerca de la capital, de entrar en contacto con la naturaleza y disfrutar sus verdes paisajes.

En 1976, a los 12 años, fui por primera vez al Ávila a recorrer, junto con mis compañeros scouts del grupo Paramaconi 27, el Camino de los Españoles, la senda por la que los conquistadores llegaron desde La Guaira hasta el valle de Caracas, y que durante siglos fue la única vía de comunicación entre el puerto y la ciudad. En El Infiernito, uno de sus bosques, hice mi promesa scout y me entregaron la pañoleta, símbolo del compromiso con los principios del escultismo que hacen quienes desean formar parte de ese movimiento. Desde aquella primera ascensión, maravillado por las vistas de la montaña, comencé a comprender la importancia de su preservación, gracias en parte al espíritu conservacionista del grupo scout del que formaba parte.

Poco tiempo después, a los 15 años, empecé a sentir la necesidad de fotografiar sus paisajes. Mi hermano Rómulo tenía una Minolta SLR XT5, que le había regalado nuestra hermana Tairis. Yo se la robaba y me iba al Ávila con mis amigos de El Valle, la parroquia del sur de Caracas donde me crié y viví una gran parte de mi niñez y juventud. Al principio les tomaba fotos como excursionistas. Poco a poco creamos el hábito de subir al cerro los fines de semana para acampar. Subíamos sin equipos modernos y siempre pasábamos frío en sus cimas más altas.

A finales de los setenta me inscribí en un campamento de montaña, organizado por el Ministerio de la Juventud, en la laguna de Mucubají, en Mérida. Durante esa época también asistí a unos cursos de escalada en la roca La Castellana del Ávila, planificados por el grupo de excursionismo Tuqueque, liderado entonces por Alfredo Autiero, un conocido montañista del país. Gracias a esas experiencias al aire libre, junto con otros compañeros, empecé a tomarme el montañismo cada vez más en serio.

Mis amigos y yo comenzamos a escalar en roca y a plantearnos retos cada vez más complejos en el parque nacional, como subir al pico Naiguatá o hacer la travesía de la Fila Maestra en el menor tiempo posible. Entrenábamos muy duro y corríamos todos los días. El cerro se convirtió en nuestro campo de entrenamiento. En la montaña buscábamos adquirir las condiciones físicas y mentales para poder emprender rutas más complejas en otras latitudes y alcanzar las cimas más altas de los Andes.

Poco a poco nos convertimos en montañistas. Íbamos los fines de semana a hacer senderismo, a sudar adrenalina y a sentir la energía de esa formación verde con desniveles y rutas de distintos grados de complejidad. En aquella época no entrenábamos en gimnasios con máquinas de multifuerza, ni teníamos una dieta especial. Solo tomábamos vitamina B12 para contrarrestar el dolor de las piernas y los pies. Subíamos al pico Naiguatá en menos de dos horas, o hacíamos a pie el trayecto de la Puerta de Caracas, la cumbre del Humboldt, la cima del Oriental, la Fila Maestra, el pico Naiguatá y el puesto de guardaparques de La Julia en un solo día.

Años después, al comprarme mi primera Nikon y comenzar a trabajar como fotógrafo, empecé a subir al Ávila por mi cuenta. El parque nacional no solo me brindó la posibilidad de entrenarme muy cerca de la ciudad donde vivía, sino también formarme como fotógrafo de naturaleza. Al mismo tiempo que documentaba los viajes de mis compañeros, le di inicio a una nueva pasión: realizar panorámicas de sus bosques, colinas y picos. Congelar mis primeros paisajes de la montaña me aportó una gran experiencia, con la que más tarde pude fotografiar los tepuyes y continuar con esta actividad a lo largo de mi vida.

En 1999 me mudé de El Valle a Los Palos Grandes, una urbanización al este de la ciudad, para estar más cerca de la montaña y de mis amigos excursionistas. Vivía solo en una habitación en la tercera avenida, en línea recta con la ruta de la quebrada Pajaritos. Salir del apartamento y estar a los pies del parque nacional en 20 minutos, me permitía conectarme con su entorno natural, correr y hacer ejercicios, actividades fundamentales en mi vida de montañista. Más tarde me trasladé a otra vivienda, a dos cuadras de la entrada de Sabas Nieves, y todos los días, a las seis de la mañana, veía despertar a la ciudad desde su conocido puesto de guardaparques.

A finales del 2000, ahora establecido en un apartamento en Sebucán, seguía yendo al cerro, pero también hacía expediciones a los tepuyes y a otros destinos de Venezuela y del mundo para fotografiar sus paisajes. En noviembre de 2018, mientras tomaba fotos de las auroras boreales en Tromsø, Noruega, se me ocurrió hacer este libro. Comencé a darle vueltas a la idea de recopilar un ensayo visual del Ávila un día lluvioso en el que no pudimos salir a capturar imágenes de esas impresionantes luces de colores escandinavas.

Mi primera intención fue consolidar un archivo de imágenes sin ponerme límites de tiempo. Tras regresar a Venezuela, en enero de 2019 tomé mis primeras imágenes del parque. Lo primero que hice fue subir con mi cámara a la quebrada Pajaritos, una de mis rutas más frecuentes y uno de sus senderos más llamativos. Quería ver qué elementos de la montaña me llamaban la atención y sopesar sus luces, colores y formas.



También, entender su relación con la ciudad, al sur, y con el mar, al norte.

Luego de pasar ese día en Pajaritos, cuando volvía a casa y revelé el material, me di cuenta de que fotografiar el cerro desde su interior no sería una tarea fácil. El Ávila es una montaña muy verde. Tenía que saber diferenciar sus diferentes tonos. Sabía que tendría que recorrerlo muchas veces, en diferentes momentos del día, para captar sus mejores luces. Pero, a diferencia de los tepuyes, por estar tan cerca de la ciudad, podría regresar tantas veces como quisiera para retratarlo por dentro y fuera, una y otra vez.

Hice un mapa mental de sus lugares más conocidos y empecé a subir por las diferentes entradas del parque nacional con la cámara, los objetivos y el trípode. Tuve que caminar decenas de kilómetros y ascender a sus cimas en distintas épocas del año para conseguir una gran variedad de imágenes. Accedía a sitios remotos en los que imaginaba buenas imágenes, pero cuando las veía a través del visor no tenían la luz adecuada. Entonces regresaba a la hora justa para conseguir la iluminación natural que quería. Hay que ser muy disciplinado para fotografiar la naturaleza en el mejor momento del día. Subía a la montaña muy temprano, antes del amanecer, para poder llegar a tiempo a sus puntos más altos. La luz, el momento y el lugar son decisivos en cada una de mis fotografías.

La crisis del coronavirus en 2020 me ayudó a consolidar mi trabajo en el Ávila. Debido a la limitada movilidad durante los días de confinamiento, decidí acelerar mi proyecto y seguí subiendo al cerro cada vez con más frecuencia, a veces sin la autorización de las autoridades. El parque nacional estaba cerrado, pero se encontraba en su máximo esplendor. Producto de la disminución de los niveles de contaminación en las grandes ciudades, se había vuelto más verde y salvaje. Casi nadie caminaba por sus senderos, y estos empezaron a cerrarse. Con las lluvias, su vegetación tendió a crecer.

A pesar de las restricciones, con el paso de los días fui retratando sus hitos más importantes: la piedra Cachimbo, rodeada de vegetación, el pico Naiguatá al amanecer, el bosque nublado de Papelón o las quebradas Paraíso y Quintero, crecidas después de un día de lluvia. Durante el momento más álgido de la pandemia, comprendí no solo que debía hacer más excursiones, sino también quedarme varios días en el Ávila. Sabía que mi trabajo fluiría mejor al acampar en el parque. Así lo hice y, un día, después de dormir en el pico Oriental y lograr capturar su cima envuelta en nubes, me di cuenta de que ya había conseguido una gran parte de las imágenes que necesitaba.

El cerro ha sido un tema recurrente para los fotógrafos desde los años treinta, quizá por la influencia de su más reconocido pintor, Manuel Cabré, uno de los paisajistas más destacados de Venezuela. En 1942, desde la zona de Los Guayabitos, un lugar entre las montañas que cierran el valle de Caracas por el sur, el fotógrafo, crítico de arte y editor venezolano Alfredo Boulton buscó con sus imágenes hacer un prototipo estético del cerro.

Muchos hemos seguido sus pasos, con nuestra propia mirada, inspirados en su idea de que «toda la emoción de ser caraqueño tiene su origen en el Ávila».

Conozco el trabajo visual que allí han realizado mis amigos fotógrafos. Admiro las imágenes de los palmeros de Chacao de Jorge Luis Santos y las tomas aéreas de Román Rangel. Sin embargo, yo he hecho este libro a mi manera, sin mayores referencias, con los ojos de un fotógrafo que es, en esencia, un montañista, pensando que con mi cámara puedo tener acceso a lugares a los que mucha gente no ha llegado.

Durante los últimos tres años he subido al Ávila con la visión de un caraqueño, uno que desde joven siempre ha tenido una conexión con la montaña. Mi idea siempre fue hacer imágenes documentales en el cerro, no postales turísticas desde la ciudad. Otros quizá no se han aventurado a fotografiarlo desde adentro porque no son excursionistas. Tener las condiciones físicas y mentales para caminar largas distancias y encontrar el lugar, el momento y la luz para disparar el botón de la cámara, es fundamental. Ser fotógrafo de naturaleza es un ejercicio de largo aliento, una prueba de resistencia.

Tras recorrer Venezuela y capturar sus paisajes durante mucho tiempo, era una asignación pendiente para mí fotografiar el cerro, como un regalo para la ciudad y un legado para el país. Las primeras personas que vieron estas imágenes sintieron que eran fotos con una luz diferente, una mirada original y una composición distinta. Jon Márquez, un director de fotografía, camarógrafo y fotógrafo venezolano radicado en Francia, me comentó que con ellas yo volvía a descubrirle el Ávila a los caraqueños.

Muchas de estas fotos reflejan la conexión con la montaña de los excursionistas, los que dan paseos cortos, los que suben unas horas, pero también los que van a acampar. La mayoría de las personas retratadas en este libro son amigos con los que he subido por los más diversos lugares, que siempre me motivaron a continuar con este proyecto. Otros, a quienes ni siquiera conocía, me invitaron a hacer rutas vírgenes o senderos poco transitados, pero no pude acompañarlos por la situación de la pandemia o por razones de logística.

Las 140 imágenes que componen este libro reflejan mi vínculo especial con la montaña que me permitió crecer y formarme como montañista y fotógrafo. En *Ávila, sierra grande*, he buscado revelar puntos de vista sin precedentes de sus paisajes, reflejar la actividad de sus excursionistas y concientizar sobre su preservación, vital para los habitantes de Caracas. Cada vez son más los aficionados al senderismo que se adentran en su vegetación. Por esa razón, y también debido a la crisis migratoria que ha vivido el país en los últimos años, el Ávila se ha convertido en nuestro paisaje afectivo. No es la más alta, ni la más grande, pero sí la montaña verde que todos los caraqueños amamos.

Cada vez que publico una imagen del cerro en Instagram, confirmo el afecto que le prodigan los caraqueños y, en general, los venezolanos que hoy viven en otras latitudes. Incluso, la curiosidad

de los extranjeros. Espero que al contemplar estas imágenes sientan la misma conexión que tengo yo con nuestra montaña. Aspiro a que les permitan recordar momentos que vivieron, solos o junto con otras personas, cuando hicieron una excursión o fueron a acampar por primera vez. Me gustaría que les hagan recordar los senderos que transitaron, las travesías que hicieron y las cimas que alcanzaron.

Como fotógrafo y montañista, me siento orgulloso de haber tenido la disciplina, la constancia y el atrevimiento para subir al cerro, recorrer sus senderos, adentrarme en su vegetación y ascender a sus cumbres. Tras muchos años de fotografiar diferentes destinos de Venezuela y el mundo, volver a la semi-lla ha sido muy especial para mí. Me complace haber podido hacer este proyecto sobre el Ávila, un ícono geográfico tan importante para los venezolanos, con el que los caraqueños tenemos una relación tan especial. Ha sido un reto, un compromiso y una gran satisfacción.

**Henry González** es un escalador, fotógrafo y productor audiovisual venezolano. Desde 1983 ha documentado los paisajes de su país y el mundo, con especial énfasis en la naturaleza del macizo guayanés. Poseedor de un archivo visual con más de 20.000 fotografías, ha participado en exposiciones internacionales y ha colaborado con las revistas GEO y Altair y los canales de televisión NHK y Asahi TV. Es autor de *Una aventura llamada Tepuy* (2006), *Amazonia Orinoquia, gente de río* (2008) y *Ayantepuy infinito* (2019). *Ávila, sierra grande* (2021) es su cuarta publicación.



## LA MONTAÑA A LA MAR

**Humberto Caballero Lindner** | Médico, escritor y excursionista

Los grandes pensadores de la antigüedad nos recuerdan que si escribiéramos con puntualidad y exactitud lo que nos acontece en la vida, todos seríamos filósofos consumados. Una de las maneras de descifrar el gentilicio de un pueblo es conocer sus orígenes. Voltaire dijo que los mejores libros son aquellos en los que el lector pone la mitad de su parte. El fotógrafo y escalador Henry González lo reitera en su obra: un libro, parece confirmarnos, es una extensión de nuestra memoria e imaginación.

La cordillera de la Costa tiene una edad cronológica de 65 millones de años. En sus inicios fue una tierra casi plana. Hace unos 40.000 años, durante un breve período geológico, en la última glaciación, la concentración de hielo en los continentes hizo descender 120 metros el nivel de los océanos, lo que permitió la formación de un puente terrestre, Beringia, que unía Asia y América. Un caminante, el *Homo sapiens*, lo cruzó, junto con una multitud de especies animales y vegetales, extendiendo sus designios por el planeta.

Las primeras comunidades paleolíticas migratorias pasaron por ese corredor en deshielo y llegaron a tierras venezolanas, posiblemente desde las Antillas, alrededor de 14.000 años atrás. Poco a poco, tribus nómadas, timotocuicas, arahuacos y caribes, fueron penetrando en nuestro futuro país, introduciendo las técnicas agrícolas y dejando una huella indeleble en sus cerámicas, huesos tallados y petroglifos prehispánicos.

Otras etnias indígenas, catuchacuaos, toromaimas, caracuru-yos, árbacos, mariches y tarmas, vieron en los dioses el poder supremo del agua, de la siembra y de la vida en la tierra. Es muy probable que esos homínidos prehistóricos se adentraran en nuestra cordillera, buscando el agua cristalina en sus quebradas, cascadas y riachuelos, y el alimento, por medio de la recolección de sus plantas y la caza de sus animales.

Fue en ese territorio que los indios caracas se embelesaron con la danta, el mítico animal que inspiró el término cumana-goto Warairarepano, «lugar de dantas», para referirse al entorno sagrado de la gran bestia. De hecho, el topónimo Caracas, si bien corresponde al gentilicio de nuestra etnia local, pudo provenir de una flor descrita más tarde por Humboldt, el *Amaranthus dubius*, mejor conocida como pira, ble-do o, simplemente, yerba caracas, que nuestros indios usaban como fuente de energía, dadas sus propiedades nutricionales. Los ríos y las quebradas de la montaña siguen desembocando imperecederos en el Uni-Wairi o Guaire, un afluente menor del río Tuy.

Los milenios transcurrieron en primitiva calma hasta que, a finales del siglo XV, durante 1498, en su tercer viaje, procedente de la isla de Trinidad, Cristóbal Colón llegó a nuestras tierras, iniciando así la conquista española de Venezuela. Este hecho insólito cambió para siempre nuestra historia. Más tarde, en

1567, el capitán español Diego de Losada llegaba desde El Tocado a nuestro valle y fundaba Santiago de León de Caracas.

Gabriel de Ávila, alférez mayor del ejército de Diego de Losada, pudo convertirse entonces en el propietario de grandes extensiones de tierra, en las estribaciones de la vertiente sur, cultivando muy buen trigo. Quizá fue él quien le dio nombre a la montaña, afianzando su toponimia, a través de todos aquellos que visitaban «la estancia de los Ávila». Durante la conquista de América, el Warairarepano se repartió entre sus descendientes y otros españoles influyentes de la época, de modo que toda la vertiente sur de la montaña, en el valle, quedó en poder de los conquistadores.

Hasta 1590, todas las vías de la sierra eran caminos de indios o trochas de dantas y otros mamíferos. El más frecuentado en aquella época salía de Macuto, pasaba por Galipán y llegaba a San José. Ya finalizando el siglo XVI, fue Andrés Machado quien abrió el «Camino a la Mar», que partía de Catia y llegaba a Maiquetía. La ruta que tomó el corsario inglés Amyas Preston para invadir Caracas se conoce como El Pavero, un sendero «río arriba» que comienza en Macuto y pasa por San José de Galipán, El Palmar de Cariaco, El Infiernito, Boca de Tigre y San José, ya en la ciudad.

Según el historiador y militar neogranadino José de Oviedo y Baños, Alonso Andrea de Ledesma era ya un anciano cuando se enfrentó a las huestes de Preston. El pirata, sorprendido y movido de admiración por el valor y la temeridad del viejo caballero armado, ordenó a sus hombres que no le dispararan ni le hicieran daño. Sin embargo, al ver que Ledesma, montado en su caballo, rompía sus filas y hería a tres de ellos, terminaron dándole muerte con un tiro de arcabuz. Como un homenaje por defender con tanta hidalguía el honor de la ciudad, cubrieron el cuerpo del primer Quijote de tierras venezolanas con su capa, lo colocaron sobre su escudo y dispararon sus armas al viento.

Nuestra montaña volvió a ser protagonista en el siglo XVIII con la llegada a Venezuela de una colonia de inmigrantes, procedentes de las islas Canarias, quienes fundaron el poblado San José, cerca de El Picacho. De hecho, Galipán debe su nombre a la etnia Galipa, una antigua tribu indígena. Más tarde, entre sus agricultores destacaría Antonio Pacheco, conocido por traer hermosas flores el Día de los Difuntos. Durante la noche bajaba desde ese pequeño poblado ubicado en la ladera norte del cerro Ávila por el Camino de los Españoles, y entraba por Puerta Caracas en La Pastora, donde los compradores lo esperaban al amanecer.

El 16 de julio de 1799, el alemán Alejandro de Humboldt, considerado el padre de la geografía moderna universal, llegó a Venezuela. Gracias a una orden oficial, consiguió que 80 peones negros de la hacienda Blandín, hoy La Castellana, le lleva-

ran sus instrumentos científicos y le abrieran una pica en su camino hacia La Silla de Caracas. El 2 de enero de 1800, junto con el francés Aimé Bonpland y Andrés Bello, Humboldt salió de la Granja de Gallegos, en la parte alta del actual Country Club, y coronó su cumbre, descubriendo la montaña al país y al mundo. Humboldt fue el primero en medir su altura con un barómetro de mercurio, estimándola en 2.660 metros sobre el nivel del mar. En aquella oportunidad pensó erróneamente que era más alta que el pico Naiguatá.

A principios del siglo XIX se iniciaron los trabajos de empedrado en el Camino de los Españoles, gracias al esfuerzo de Don Miguel Sánchez de Soto. Sus hombres extrajeron las piedras y lajas de una cantera ubicada en las laderas de Llano Grande. Aunque el camino vio la luz en los últimos años del período hispánico, nacía ya la primera vía comercial entre Caracas y La Guaira. Desde hace más de 100 años, en febrero, se celebra el vía crucis entre la iglesia de La Pastora, cerca de Puerta Caracas, y la iglesia de Maiquetía. Este «camino de la cruz» sigue un trayecto de 24 kilómetros.

Fermín Toro cuenta en su obra *Honores fúnebres a Bolívar* que el 16 de junio de 1842 los habitantes de La Guaira despidieron solemnemente los restos del Libertador. Su cuerpo fue trasladado en procesión por una gran multitud, a través de los caminos adornados del Ávila, hasta Caracas, y conducido a la capilla de La Trinidad.

En 1867 se iniciaron en la montaña los levantamientos de planos y cotas para construir una línea de ferrocarril desde el puerto de La Guaira hasta Caracas. Un grupo inglés obtuvo el contrato en 1881. La línea comenzó a funcionar en 1883. Más tarde, la construcción de la carretera Caracas - La Guaira trajo competencia al tren. Varias tormentas causaron daños en el ferrocarril en 1951 y nunca más volvió a operar.

El 23 abril de 1872, el comerciante, artista y excursionista inglés James Mudie Spence llevó a cabo el primer ascenso al pico Naiguatá, a través del Estribo de Duarte, haciendo empalme con Cueva Emilia hacia la ruta 77 y Rancho Grande. Lo acompañaba el ornitólogo prusiano Anton Goering. Fueron ellos quienes determinaron la altura del pico Naiguatá en 2.765 m.s.n.m., empleando un barómetro aneroide. La depresión en forma de anfiteatro, producida por la erosión en las paredes montañosas, hace pensar que hace miles de años el pico Naiguatá pudo ser un círculo glaciar.

El conde italiano Adolfo Mestiatti, que vivió durante 40 años en la hacienda San Rafael de los Altos de Arvelo y fue conocido por sus actividades agrícolas «poco ortodoxas» en el Ávila, y el médico cirujano alemán Gottfried Knoche, quien instaló su laboratorio en su finca Buena Vista del Palmar de Cariaco y se hizo famoso por inventar un líquido embalsamador con el que momificó docenas de cuerpos, fueron dos personajes enigmáticos que habitaron la serranía a finales del siglo XIX y contribuyeron a encender el imaginario local.

El siglo XX dio allí mucho de qué hablar. Más de 600 personas, en su mayoría venezolanos pero también inmigrantes españoles, portugueses e italianos, trabajaron en la construcción del teleférico y el hotel Humboldt durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. La obra se terminó en 199 días y fue inaugurada el 29 de diciembre de 1956. Dos años más tarde, el 12 de diciembre de 1958, el Ávila se engalanaba como parque nacional, brindándole a la ciudad un área verde privilegiada con más de 80.000 hectáreas.

Unas décadas más tarde, el siglo XXI trajo consigo todavía más retos y enseñanzas a la humanidad. Nunca ha sido más preciada la posibilidad de respirar aire puro como ahora. Nietzsche solía decir que cuanto más se eleva un hombre, más pequeño les parece a quienes no saben volar. Hoy, el Ávila nos sigue iluminando con su sabiduría. No es solo cómo vemos la sierra grande, sino cómo ella nos ve. Es en la inmensidad de nuestra montaña, en su verdor, árboles y flores, en su silencio, cumbres y vientos, en sus quebradas y fauna, donde renace lo mejor de nosotros para preservarla. El mundo no cambia con nuestra opinión, sino con las acciones ejemplares que emprendemos. La mejor manera de decir es hacer: si todos apilamos granitos de arena, podemos contribuir a conservar y proteger el medio ambiente y a cambiar el mundo. Lo único que nos llevamos al partir es lo que dejamos.

Que sea el Ávila un ejemplo a seguir en nuestro camino por la vida.

**Humberto Javier Caballero**

Lindner fue alumno del colegio San Ignacio de Loyola y miembro de su centro excursionista. Cursó estudios de Medicina en la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda en Coro, estado Falcón, y realizó un postgrado en ginecología y reproducción humana en el hospital Carlos J. Bello, de la Cruz Roja Venezolana. Ha publicado varios ensayos e investigaciones y obras en el campo de la ciencia y la medicina, y es autor de dos libros de cuentos.



## EL ÁVILA, CAMPO DE ENTRENAMIENTO

**Orlando Corona Segura**

Caracas, la capital de Venezuela, tiene al Ávila como un gran faro que nos anuncia que estamos llegando a la ciudad. No importa si venimos en carro, barco o avión, desde oriente u occidente, esa imponente montaña verde, que se eleva abruptamente con distintos desniveles hacia el cielo, nos da la bienvenida. Pocas ciudades en el mundo tienen un vínculo tan estrecho con una montaña, que es a la vez marco y centro de confluencia: todas las miradas y deseos convergen en la sierra grande.

El parque nacional atrae a un gran número de visitantes como un gran polo magnético. En los últimos años ha aumentado el número de personas que se animan a subir al cerro. Su popularidad es reciente, si pensamos que Alejandro de Humboldt y Aimé Bonpland fueron pioneros al recorrerlo hace apenas algo más de 200 años. Después de ellos y durante mucho tiempo, solo los excursionistas más osados se atrevieron a ascender a sus cumbres y aventurarse en su vegetación. La montaña, a pesar de su cercanía, era un enigma para quienes no sabían adentrarse en ella. Hoy hemos aprendido a caminarla, a recorrerla y escalarla. Tenemos más información y recursos para hacerlo con seguridad.

Como a otras montañas del mundo, la gente sube al Ávila porque le aporta beneficios a su salud física y mental. Desde hace algún tiempo, se ha convertido en el mayor centro de entrenamiento al aire libre de Caracas. Es una montaña generosa, con sus laderas abiertas a todos, que nos invita a recorrer senderos que conducen a muchos y variados lugares: desde sus verdes colinas, miradores de la metrópoli y frondosos bosques nublados, hasta sus cristalinos arroyos donde darse un fresco chapuzón. Si tenemos la suficiente preparación, podremos acceder a sus distintas cumbres, donde nuestro esfuerzo siempre culminará con una sonrisa o una lágrima de emoción.

La geografía del Ávila propicia entre los excursionistas un aprendizaje y un crecimiento gradual, no exento de riesgos, necesario para el disfrute pleno de cada recorrido. Uno de sus paseos más populares es, sin duda, la subida al puesto de guardaparques de Sabas Nieves, uno de los lugares con más tránsito de personas. Tantas huellas en los últimos años han erosionado su cuesta principal, que hoy se parece más a un campo de extracción de tierra que a un sendero de montaña. Este desgaste por el uso excesivo de sus terrenos debería llevar a las autoridades a proponerse ejecutar un plan que permita preservar la montaña y fomentar una relación más armoniosa con ella.

Una vez que superamos el cansancio de las primeras caminatas, comienza a crecer nuestro entusiasmo por recorrerla con mayor profundidad. Las excursiones más frecuentes nos pueden llevar, por ejemplo, hasta la Silla de Caracas, que es

la parte más baja de la arista que conecta los picos Oriental y Occidental. En esa convergencia, el impulso de seguir más arriba te puede hacer seguir hacia la Cruz de los Palmeros, el lugar emblemático de los tradicionales palmeros de Chacao. Ellos suben hasta ese punto todos los años como parte de su tradición religiosa. En esa cruz, que está ubicada a pocos metros del pico Oriental, se tiene la vista más espectacular de Caracas, una imagen de la ciudad que se vuelve más sublime al amanecer y al atardecer.

Una caminata muy popular es la que nos conduce hasta el pico Humboldt, donde están el teleférico y el emblemático hotel. Podemos subir desde las urbanizaciones La Florida o San Bernardino, para luego conectar con los senderos que nos llevan directo a ese ícono de la arquitectura venezolana de los años cincuenta. Desde esa cima podemos vislumbrar la ciudad y el mar a la vez, un paisaje sin igual que nos permite entender mejor la dimensión de la montaña, suerte de muro guardián que encierra y cobija a Caracas. Una vez que hemos llegado a la zona del teleférico, podemos descender a pie, vía Papelón, o tomar el funicular que en menos de quince minutos nos pone de vuelta en la ciudad.

A los montañistas venezolanos más tradicionales les encanta realizar el ascenso al Ávila por el puesto de guardaparques de Cachimbo, al que se accede desde el distribuidor Sebucán de la Cota Mil. Es uno de sus ascensos más abruptos, con un camino inicial rodeado de eucaliptos que desemboca en un mirador rocoso llamado Piedra del Indio, que también nos permite tener una hermosa vista parcial de la ciudad. Se trata de un punto de llegada muy emocionante, si la meta es hacer una excursión hasta la piedra, o un punto de partida satisfactorio si queremos acceder a la cumbre del pico Oriental, pues desde allí la cuesta se convierte en un reto de desnivel acelerado.

Otro clásico para los más avezados montañistas es el pico Naiguatá, el punto más alto de la montaña. Las excursiones a ese pico de rocas graníticas constituyen caminatas más largas, que en muchos casos exigen una pernocta para disfrutar a plenitud de la experiencia. El anfiteatro es el lugar que la mayoría de las personas utilizan para acampar, la antesala a la cumbre, donde una cruz metálica nos anuncia el lugar exacto del pico. Si la noche nos alcanza en ese sitio, podemos disfrutar de una vista nocturna de la ciudad de Caracas tan especial como ha de verse desde el espacio la Tierra. Caminar por la noche en la montaña es, de alguna forma, como realizar una caminata espacial.

Los montañistas caraqueños realizan sus primeras excursiones en el Ávila con el propósito de aspirar luego a ascender los Andes merideños, con sus cumbres de más de 4.000 m.s.n.m. Si la experiencia merideña es fructífera, entonces soñarán con conquistar los Andes suramericanos y, por último, si per-

severan y son constantes, encarar las montañas más altas del mundo. Requieren años de preparación para alcanzar sus sueños y emprender con éxito todas esas expediciones.

El Ávila es el campo de entrenamiento ideal, sobre todo para los montañistas que viven en la capital. Pocos en el mundo pueden disfrutar de un parque de tal tamaño para practicar y desarrollarse como excursionistas. Es un privilegio, para quienes se inician en esta actividad, tener la oportunidad de salir desde sus casas directo hacia la montaña, a fortalecer sus habilidades físicas, mentales y técnicas y preparase para expediciones de mayor complejidad. Quizás eso ha convertido a Caracas, junto con Mérida, en las ciudades con más montañistas de Venezuela.

Antes de aspirar a retos de mayor envergadura en otras latitudes, los montañistas se proponen, como prueba final, ascender a cualquiera de los picos más altos del Ávila o recorrer alguna de sus rutas de larga distancia. La más habitual es la de la Fila Maestra en una sola jornada, un circuito que comprende sus elevaciones más altas: los picos Humboldt, Occidental, Oriental y Naiguatá. Hacer este recorrido en menos de 12 horas es indicativo de que se está listo para una expedición de mayor complejidad. Otro reto de alta exigencia y que nos prepara para una expedición más técnica, en el que el manejo de cuerdas es fundamental, es el descenso en rappel por quebrada Paraíso. Tener equipos apropiados y una correcta estrategia al colocar los anclajes es fundamental para este desafío que muy pocos han realizado.

Todo el mundo puede llegar a algún lugar en el Ávila. Para todos hay una ruta ideal, según sus capacidades. Los excursionistas que sueñan con hacer expediciones más complejas saben que también es un lugar ideal para crecer y superarse, que les permite no solo llegar cada vez más alto, sino también estrechar lazos con quienes comparten su misma afición. Si hay un lugar ideal para fomentar el compañerismo, la amistad y la solidaridad, ese es el Ávila.

Para disfrutar a plenitud de la montaña tenemos que ir despojados de prejuicios, permitir que ella nos quite las actitudes más superfluas y nos deje en nuestros rasgos esenciales, mostrándonos los verdaderos seres que somos. Por eso la amistad que nace en la montaña es verdadera, auténtica y de larga duración. Subir al parque nacional es la excusa perfecta para invitar a otros a acompañarnos, porque sabemos que ese encuentro será especial. Hay decenas de caminatas largas y cortas para contar anécdotas de travesías, porque en la cima, con un clima perfecto, el viento golpeándonos en la frente y Caracas de fondo, todas las historias se engrandecen y magnifican.

**Orlando Corona** es ingeniero en Computación de la Universidad Simón Bolívar. También montañista, fotógrafo y productor audiovisual, ha realizado diversas expediciones a las cumbres más altas de los Andes, en las que descubrió su pasión por contar historias a través de la fotografía y el video. Es uno de los creadores del Festival Ascenso, un concurso de fotos y videos de aventura al que le dedica gran parte de su energía, con el objetivo de inspirar a otros montañistas a compartir sus expediciones.



## EL ÁVILA, ESA GRAN DESCONOCIDA

**Jorge Luis Santos García** | Fotógrafo y montañista

Fue el 22 de febrero de 1982, durante la época de carnaval, que comencé a sentir un amor idílico por el Ávila, la montaña que protege mi ciudad. Desde entonces, la fotografía y la aventura se unieron para definirme, dándole contorno en mi corazón a dos de mis grandes pasiones. Casi 40 años después, tengo el privilegio de escribir un capítulo del libro que tienen en sus manos. Unas semanas antes de que Henry González me invitara a escribir este texto, había tenido una conversación con un amigo montañista sobre las escasas publicaciones fotográficas de nuestra adorada montaña que existen en formato impreso.

Esa conversación y mis posteriores investigaciones me confirmaron la sospecha: es algo inexplicable que hasta la fecha no tengamos más libros fotográficos del Ávila, a pesar de ser esa mole de belleza natural tan admirada por pintores, poetas y, en fin, por todos los ciudadanos de esta urbe que la han engalanado con los más bellos elogios; y a pesar también de vivir en una ciudad y un país con una gran tradición editorial y fotográfica.

*Ávila, sierra grande* comienza a llenar ese vacío, levantando el velo de hermosos y mágicos parajes interiores de esta montaña, desconocidos hasta ahora por la mayoría. Este libro invita a todos a disfrutar sus parajes ocultos, pero quizá más a quienes solo la contemplan desde la ciudad, por no disponer de capacidad física o tiempo para recorrerla. A veces despejado y en ocasiones vestido de nubes, el Ávila es la referencia geográfica y espiritual de los caraqueños. No es extraño que, dentro y fuera de la ciudad, busquemos ese faro de manera inconsciente para ubicarnos, encontrarnos, guiarnos y alcanzar nuestro norte.

Son muchos los fotógrafos que hacen sus propias panorámicas de la montaña desde la ciudad que a sus pies reposa. Sin embargo, ya no son tantos los que la retratan desde su interior. Tal vez la razón de quienes sí se adentran en ella para hacerlo radique en su necesidad de ser algo más que fotógrafos. Más allá del esfuerzo físico que supone andar por sus senderos, hace falta ser un cultor de su belleza e intimidad y trazarse un derrotero para sumergirse en ella, conocerla y quererla con todos sus secretos y así acometer un ensayo contemplativo y serio sobre lo que internamente nos reserva.

Henry González se embarcó en esta ambiciosa empresa, que exige cumplir con muchas condiciones que no todos tienen: primero, llevar mucho tiempo recorriendo la montaña; segundo, un gran esfuerzo físico para andar decenas de kilómetros de sus sendas poco transitadas; tercero, conocer todos sus recovecos y, por último, una gran pericia en su contemplación. Si Henry ha sido capaz de fotografiarla así, es gracias a sus amplios conocimientos como observador de naturaleza y a su experiencia como montañista, escalador y fotógrafo de tepuyes.

Fotografiar el Ávila por dentro, para revelar sus esquivos secretos, requiere además mucha paciencia. Sus colores, misterios y encantos no se los regala fácilmente a quien esgrime la cámara: itiene que ganárselos! La montaña lo escruta y sabe, de antemano, si le asiste amor y respeto por ella, para solo entonces dejarse ver a plenitud. Aspira a que ese montañista-fotógrafo escoja horas poco usuales para conquistarla. Entonces, ella le lucirá sus mejores galas en retribución a su insistencia, pero, eso sí, le demandará caminar mucho y observar pacientemente.

Henry, al recorrer sus bosques en ese estado de conciencia elevado, entiende realmente el infinito número de variaciones, tonos y matices de su color verde. Los verdes del Ávila son nutridos por el agua, el otro gran elemento de la montaña. Esta mole de tierra, piedra y selvas orgánicas es surcada por infinidad de quebradas y riachuelos que se desprenden desde las alturas como velos líquidos. El autor congela sus movimientos, haciendo uso de la magia de alargar por un momento el tiempo. Así, nos hace sentir la seda y la suntuosidad del elemento que en esencia nos conforma.

Esta agua líquida comienza su ciclo en los cielos y desciende por sus cumbres. Viaja surcando y esculpiendo las rocas y el tiempo. La bruma que trae el mar y las nubes suspendidas descargan su humedad al chocar con sus paredes y acantilados. Ahí está el fotógrafo esperando y captando con su cámara el paso del agua gaseosa que acaricia la silueta de su amante, la montaña. Ahora es el agua hecha nubes que otra vez se transforma en ese mar que él fotografía desde el imponente cerro que, como una muralla, junta y separa a la vez el mar Caribe, al norte, y la ciudad de Caracas, al sur.

Henry no descuida en su ensayo la relación simbiótica de la montaña y su «sultana», como se ha dado en llamar a la ciudad. Desde las alturas, sus fotografías nos descubren cuán hermosa es y qué tan lejanos sentimos sus traumas y problemas. Sus imágenes nos impulsan a reconciliarnos con Caracas, cuando la observamos rodeada de naturaleza con la perspectiva que él nos da. La imagen de la «selva de concreto» se nos muestra mitigada por la atmósfera de su pulmón vegetal, que le presta su aspecto sedante, dócil y ordenado.

Las horas son importantes en el Ávila para quien quiere conseguir colores y ambientes de especial belleza. Al despertar, en la madrugada, o al acostarse durante el atardecer, la montaña nos regala momentos únicos. Los cambios en la incidencia de la luz y los destellos cálidos que bañan de oro sus cumbres, venciendo al azul y al frío, nos generan un sentimiento de protección y amparo, por aquello del vientre materno. Los naranjas nos hacen evocar el color y calor de esos nueve primeros meses de nuestras vidas.

Muchas veces es fuera de las rutas más concurridas, y de sus horarios más comunes, que se establece una visión personal e íntima con lo fotografiado. Lo que más puede impactar al lector en este libro es la forma de ver del fotógrafo, que no es la visión frontal de nuestros ojos. A veces, es la perspectiva desde el suelo. Otras, la visión del insecto o del pájaro desde la altura de su vuelo. Esas diferentes miradas y ángulos del artista nos convierten en insectos-ave, y nos emocionan y atrapan cuando contemplamos sus imágenes.

En resumen, es el fotógrafo el que soporta el peso del equipo y el trípode, aguanta la humedad, cultiva la paciencia, observa con calma y tiene el conocimiento indispensable para anticipar luces, sombras y colores. Escoge las mejores horas y épocas del año para transformar lo que sus ojos ven en el cuadro fotográfico; lo que le asombra, porque lo importante es la traducción. ¿Nunca les ha pasado que fotografían un lugar hermoso y no lo ven luego en la foto que hicieron? Para ello hay que saber traducir en un instante el entorno que nos rodea y la luz que nos ilumina. Eso Henry lo hace muy bien.

Otro aspecto que me cautiva de este ensayo visual es que, para Henry, el ser humano es importante. El fotógrafo disfruta de su compañía, le concede un lugar y una dignidad dentro del paisaje. Integra a los amigos que lo acompañan por los senderos de la montaña, haciéndolos parte importante de la naturaleza fotografiada y de la aventura de vivir. Henry no es un solitario, aunque supongo que en varias ocasiones ha caminado solo por ella. Sin embargo, en sus fotos son muchas las veces que apreciamos la escala humana perfectamente compenetrada, en relación con la macroescala de la gran montaña. El campamento es otro aspecto de lo humano: la carpa, los alimentos, el frío, los sueños, la noche, el planificar nuevos proyectos, la libertad y la vida.

Para cerrar, me gustaría expresarle a Henry mi agradecimiento por darme el inmenso placer de poder escribir sobre su maravillosa obra, regalo que nos hace a los adoradores del Ávila, a los habitantes de esta ciudad y a los amantes de la fotografía en general. Yo amo lo que puedo ver y tocar. No obstante, aliento la esperanza de que algún día –espero, muy lejano–, si mis piernas cansadas y pies adoloridos no pueden llevarme como un fugitivo al encuentro íntimo con la montaña, pueda, en gracia, contemplar estas imágenes como recordatorio de mis vivencias. Y entonces volveré a ver y sentir todo de nuevo, dentro de mi cabeza y alma. Gracias, Henry.

El fotógrafo venezolano **Jorge Luis Santos García** ha centrado sus líneas de investigación en la espiritualidad, la naturaleza y la sexualidad, ejes que le permiten adentrarse en la fotografía documental de manifestaciones religiosas y populares, en la fotografía de naturaleza como acercamiento al conocimiento del «yo», y en el desnudo como herramienta de explicación de la alegría humana y el hecho divino. Ha realizado 158 exposiciones de sus fotografías en 38 ciudades de 17 países. Es autor de los libros *Palmero es fe y cerro* (2011), *Pedregal, los mismos de ayer* (2012), *Fotografía* (2016), *Pido, prometo y pago* (2016) y *Piso 9* (2019).



## PAISAJE INDELEBLE, UN ORIGEN Y UN FUTURO

**Keila Vall de la Ville**

El cerro Ávila es mucho más que una montaña franqueando el norte de una ciudad. El Ávila puede ser sinfín, lienzo de la co-tidianidad. Cambiante, ofrece a Caracas su identidad también cambiante. Es además termómetro: la manera en que el sol hiende sus faldas, la variación de colores en sus pendientes a lo largo del día y durante el año, la danza de nubes que a su alrededor anuncian un clima, hablan sobre una cualidad del aire, invitan a una emocionalidad. No es necesario caminarla para honrar sus mutaciones, para sentir propios y familiares sus verdes estallados en un día de sol, o la película de papel cebolla que lo recubre cualquier tarde de lluvia, un gris húmedo que habla de vida y que invita a esperar.

El cerro Ávila es Caracas tanto como Caracas es el Ávila. Su presencia maciza marca el norte, y es bien sabido que el norte supone simbólicamente protección, buen augurio, promesa. De cierta manera, entonces, el Ávila es también brújula y recordatorio sobre una posibilidad. Esta montaña resguarda a los caraqueños como mascota descomunal. A la vez es anuncio: franquea y ofrece el mar Caribe y, más allá, el mundo. Esa dualidad, la de la protección y la oferta, abriga a quien la mira de lejos tanto como a quien la recorre siguiendo sus múltiples caminos y rutas. No es necesario pisarla para sentirla propia. Los hijos de esta ciudad somos hijos de este cerro.

Quien nació, vive, está de paso o dejó Caracas por otros desti-nos, la mantiene muy presente. Es compañía silenciosa y ade-más un filtro a través del que se procesa cualquier otro paisaje montañoso del mundo. Dicen que todas las montañas son una sola. Si esto es así, quien está lejos y recorre otra elevación, con cada pisada, en cada metro ascendido, y con cada marca en el paisaje visitado y revisitado, vuelve a casa. No solo a un lugar, sino a un tiempo: el tiempo en el que aquella montaña, la propia, fue recorrida con cuánto afecto. El recuerdo del ascen-so trae a sí adherido el recuerdo de muchos momentos más.

Caracas es despertar de madrugada, colar café y asomarse a una ventana desde la que logra verse la aparición de una silue-ta; un teatro de sombras resguarda incertidumbres que duermen a aquellas horas. Calzado a medio amarrar. Subir al auto, encenderlo y emprender el recorrido hacia ella. Si es tarea de madrugadas, al estacionar en Altamira ya despunta el sol. Poco a poco aparecen tonos rosas en las colinas aún desdibujadas, pronto el violeta da paso al sinfín azul derramado en sus hendi-duras. Caracas es la perspectiva de un verde penetrable, de un cerro cambiante cuyo cinetismo invita. Desde la primera pisa-da sobre la tierra arcillosa, quien la visita ya está en otro tiem-po y otro lugar. Inaugura entonces con cada huella una manera de ser y estar muy distinta a la vida cotidiana y que a la vez es siempre la misma: un tiempo cíclico es reactivado cada vez que aquellos, estos pies, entran a la ruta. El día se anuncia, pero la ciudad se ha ido, quedan los pasos consecutivos, la respiración y el silencio que espera quieto tras la cortina verde.

En alguna de esas circunvalaciones la vegetación tupida se abre y deja mirar. El concreto elevado, las cintas transporta-doras de varios canales a alta velocidad, el embotellamiento que habla de una ciudad palpitante, las calles vacías que re-fieren una contracción. Quien camina está donde debe estar. Afuera el mundo, acá este silencio, acá este tiempo eterno. Cuando el país, esa noción difusa e inescapable que conforma y también hiere, renazca libre, la montaña estará esperando. Cuando la vida, la temporalidad pequeña y su paso se insta-len exigentes marcando un final, la montaña sobrevivirá. Sus colores mutantes continuarán mutando, lo sinuoso de cada curva siempre ofreciendo un nuevo paisaje continuará sus contorsiones, una perspectiva incierta un poco más allá y siempre hacia el norte será posible. El mundo puede caerse «afuera», en los periódicos y las revistas y las noticias preocu-pantes, pero el Ávila se mantiene, sigue, está. Lleva una y otra vez hacia el centro.

La montaña que protege Caracas integra su identidad y la de sus habitantes. Suele pensarse que los lugares están fuera. Que existen fuera de las personas. Pero un lugar es más que su ubicación euclidiana. Toma significado de las narrativas indi-viduales o culturales que recibe, de las prácticas cotidianas o sagradas de las que participa. Son los humanos quienes esta-blecemos sus discontinuidades, quienes lo fragmentamos, lo nombramos y le damos sentido. Cuando un camino se hace familiar y acumula experiencias personales o colectivas, cada tramo se vuelve un poco propio. Un camino es marcado por los recuerdos de lo que fuese que ocurrió allí. Acá me caí una vez. Esta es la piedra que me gusta. A partir de ahora falta un tercio de camino. En este lugar puedo caminar más a prisa. En este tronco caído, mejor, descansar. También las memorias colectivas marcan simbólica y materialmente una montaña. Cambios progresivos en la vegetación, sujetos a la altura, mar-cas de derrumbes, restos de un deslave. Incluso fenómenos tan sutiles como el fluir de un río o tan transitorios como un tronco caído o incendiado. Son todos elementos que dicen esto ocurrió acá, y que, de repetirse del mismo modo en otro lugar, permiten la recreación de una memoria, el reencuen-tro con una identidad, con la propia historia. Los lugares son puertas hacia la re-creación del pasado siempre presente.

Caracas es subir el Ávila y soltar allí todo pensamiento inne-cesario antes de volver a casa. Es entrar al bosque en la mitad de la noche y sin linterna, ganando poco a poco la confianza en unas pupilas que se adaptan sin rechistar al camino; tomar conciencia sobre una esencia inescapable. Así como los anima-les, así otea la ruta serpenteante del cerro quien aprende a no temer a la oscuridad, y si esta oración trae a la memoria la letra de una canción de salsa, pues bien, porque Caracas también es esa canción. Es aprender a caminar a pesar del cansancio, no detenerse si algún lugar de la propia anatomía duele, es amar

el aire libre, armar una tienda de campaña antes de la lluvia, preparar una crema de champiñones en una pequeña cocina a gas, proteger con el cierre la puerta de la carpa y acostarse a dormir, o tal vez hacerlo bajo las estrellas. Es acompañar el primer despecho a las pisadas ascendentes y saber cuál de las innumerables rutas necesita el cuerpo y la mente cada vez. Se entra al cerro cuando el mundo se hace pesado, cuando las voces aturden y es imprescindible pensar en solitario. Así es como un día se convierte en corazón y hogar.

De cierta manera, el Ávila contiene las memorias de todos aquellos que lo hemos caminado o que lo hemos apreciado de lejos, o que conocemos la manera en que las nubes lo aca-rician en distintos momentos del año o del día. Si sus curvas pudiesen hablar, si sus árboles pudiesen contar lo que han visto. A la vez, todas las montañas son el Ávila. Tropezarse con una piedra es tropezar con todas la piedras del pasado. Saltar un río de roca en roca es saltar todos los ríos saltados alguna vez. Dejar que una cascada salpique el rostro, cerrar los ojos y sentir cada minúscula gota, casi una brisa húmeda sobre la piel, es viajar a la primera cascada jamás visitada. Hay una cier-ta luz en un camino de algún cerro que es idéntica a la luz del camino de Pajaritos en el Ávila. Subir grandes rocas, a alguna laja con o sin nombre, es volver a la Piedra del Indio. Hay un tramo en alguna otra montaña que es idéntico al último en el recorrido hacia La Silla de Caracas. Llegar allí es revivir una emoción antigua y tan asentada, mirar a un lado la ciudad, al otro el mar. Todas las montañas son nuestra montaña. Reco-rrer cualquier cerro es viajar al Ávila, al propio origen. Cami-nar en cualquier lugar del mundo es siempre volver al lugar en el que se empezó a caminar sin preguntas, sin expectativas. Es regresar. Siempre volver, proyectados hacia el futuro. Si el Ávila y Caracas son una y la misma, los hijos de esta ciudad somos ante todo los hijos de la montaña que nos vio crecer.

**Keila Vall de la Ville** es una escritora y antropóloga nacida en Caracas; egresada de la Universidad Central de Venezuela, magíster en Ciencias Políticas de la Universidad Simón Bolívar, MFA en Escritura Creativa de la New York University y MA en Estudios Hispánicos por la Universidad de Columbia. Hoy residenciada en Nueva York, ha publicado la novela *Los días animales* (2016), el libro de cuentos *Ana no duerme* (2007) y el poemario *Viaje legado* (2016). Es medalla de plata Panamericana en Escalada en Roca (1996) y fue una de las tres integrantes en el primer intento femenino de escalada del tepuy Roraima.



## UN FARO QUE ILUMINA LA OSCURIDAD

**Quím Ramos**

Conocí a Henry González en la montaña, en el páramo de Mucubají de Mérida, a finales de los setenta, en 1979 para ser precisos, casi en otra vida, en uno de los emblemáticos cam-pamentos de la juventud organizados por aquel Ministerio de la Juventud que dirigía Charles Brewer Carías. Tengo la impre-sión de que, desde entonces, Henry no ha descendido de la montaña. Y digo la montaña aposta. Porque montaña hay solo una. Da igual si te encuentras en el Karokorun, en Yosemite, en la Sierra Nevada de Mérida o en el cerrito que está detrás de tu casa y que solías escalar cuando eras niño.

La montaña es un sentimiento, una forma de encarar la vida, un estado de la mente. Este libro trata sobre eso. En sus pági-nas, Henry nos muestra el Ávila. En un libro anterior nos me-tió en la piel de quien escala un tepuy, en otro nos mostró no cualquiera sino el Ayuantepuy, no importa. Lo que *Ávila, sierra grande* nos remarca ahora es el vínculo del fotógrafo con la montaña, esta vez escenificado en la mole vegetal que se alza sobre la Caracas, que es como un fetiche para los capitalinos.

No son pocos los artistas que han sentido la necesidad de plasmar en sus lienzos y en sus fotografías la montaña más emblemática de Venezuela. Nombrar a Manuel Cabré es ya un lugar común. Entre los pintores también podemos señalar a Adrián Pujols, Anita Pantin, Hernán Rodríguez, Jorge Enrique Salas Mora, Onofre Frías o Roberto de la Fuente. Entre los fo-tógrafos, a Alfredo Boulton y sus hermosas fotografías desde Los Guayabitos, a Ramón Paolini y su serie sobre el Camino Real, a Jorge Luis Santos y su libro *Palmero es fe*, en el que ex-plora la espiritualidad subyacente en la recogida de la palma.

*Ávila, sierra grande*, de Henry González, es muy distinto. Si no contamos *El Ávila en su asombro*, con un talante más docu-mental, informativo y científico, del médico y fotógrafo Hum-berto Javier Caballero Lindner, creo que este libro que tiene el lector en sus manos es el esfuerzo más importante y sistemá-tico que se ha llevado a cabo para retratar nuestro gran cerro desde adentro, desde las entrañas de ese monstruo maravillo-so que custodía la ciudad de Caracas y que a mí siempre me ha parecido como una ola vegetal petrificada en un grito. Solo en el ámbito de la pintura podemos encontrar un esfuerzo pare-cido, y es en el trabajo del artista plástico Adrián Pujols.

Si solo fuera por esa razón, ya valdría la pena adentrarse en este libro. Pero es que aquí van a conseguir más que eso. Si en el de Caballero Lindner las fotografías acompañan al texto, en el de Henry González ocurre lo contrario. En *Ávila, sierra grande* somos nosotros quienes nos asombramos frente a su mirada hipnótica. Aquí la imagen es la que domina el discurso, la que nos lleva de la mano por ese intrincado y misterioso mundo, la que nos susurra dulcemente la digna quietud vege-tal, la que nos muestra el manto de nubes que oculta el mun-

do allá abajo o la nube que se transforma en jirones de niebla que danzan a nuestro alrededor. Estas fotografías también nos muestran el silencio que, en el caso del Ávila, está indiso-lublemente unido al tímido rumor que sube desde la ciudad. ¿Quién, al descender de la montaña, no ha sentido esa indes-criptible mezcla de alegría y nostalgia que nos produce es-cuchar el ruido compacto de Caracas aumentar de volumen, avisándonos que dejamos atrás el agreste reino del silencio, del misterio y de la contemplación, y que nos adentramos en el caos citadino que es nuestro hogar?

Mis ojos recorren las hermosas imágenes de *Ávila, sierra grande* y pienso que la sensibilidad fotográfica de Henry Gon-zález se expresa en proporción directa con su pasión y amor por la montaña. Quien hace las fotografías es el mismo que recorre sus senderos, el mismo que duerme bajo las estrellas, el mismo que se prepara un frugal desayuno sobre un manto de nubes, el mismo que en un descanso del camino observa Caracas, que desde las alturas parece la maqueta de una ciu-dad feliz. Es el mismo que cuando baja de la montaña lo hace pensando en el regreso. El suyo es el trabajo de un baquiano, de un nativo que nos muestra orgulloso su reino. Es el trabajo amoroso de un artista, de un artesano indisolublemente uni-do a la materia que moldea.

Las fotografías de *Ávila, sierra grande* nos muestran un terri-torio mítico que de tan cercano ha permanecido oculto para nosotros. El Ávila es una presencia cotidiana que acompaña al caraqueño y, en general, al venezolano. Y es precisamente por eso que no suele pasar de postal turística o de vista ma-ñanera que nos reconforta y permite afrontar el nuevo día en una ciudad caótica y enajenada. Sin embargo, Henry nos recuerda con sus imágenes que tras ese velo cotidiano se encuentra un mundo recóndito que palpita en su misterio desde mucho antes de que el primer ser humano pusiera un pie en el valle y levantara su morada. Casi podemos escuchar el silencio respirando entre las nubes, en la luz dorada del atardecer o en ese instante enigmático en el que el día cede ante la noche. Henry consigue mostrarnos lo indecible. Las fotografías de *Ávila, sierra grande* son un sentimiento, un canto, una oración que da las gracias por el milagro.

Henry González es un paisajista nato y un explorador con-cienzudo. Esa mezcla no puede sino producir fotografías cautivadoras que nos muestran, aún a los que hemos reco-rrido durante años sus senderos, rincones que no habíamos visto jamás: vastos espacios quebrados en los que se perfilan las crestas de los espolones como si se tratasen de distintas montañas superpuestas unas sobre otras, fotografiados al amanecer o bañados por la luz dorada del atardecer, envuel-tos por la niebla o surgiendo por encima de las nubes que se

compactan contra las verdes laderas; Caracas y el Ávila en esa especie de perpendicular antagónica pero hermosa, el elemento humano en relación con la montaña, excursionistas transitando estrechos senderos, cruzando portales vegetales, un tronco en perspectiva cubierto de musgo, un amasijo de hojas caídas en el sendero, un Tucuso barranquero en fino equilibrio sobre una rama desnuda.

Y siendo el Ávila una montaña de quebradas, no podían faltar tampoco las fotografías de cascadas y pozos, espacios bucó-licos aptos para la contemplación y el recogimiento que, sin embargo, estando como están en territorio tropical, pueden convertirse en un segundo en monstruos de agua, barro, rocas y troncos que arrasan todo a su paso. Y, por último, las típicas y no por ello menos hermosas y necesarias imágenes para dar una visión completa: las vistas del Ávila desde la ciu-dad. Después de todo, son esas las visiones con las que hemos convivido la vida entera, que pueblan nuestro subconsciente y nos acompañan allá a donde vayamos.

En lo personal me emocionan, me conmueven y me producen una rara sensación de infinitud y de extrañeza esas imágenes en las que Henry González ubica en un mismo encuadre mon-taña y ciudad. Cada vez que las observo me pregunto: ¿cómo es posible tanta maravilla?, ¿cómo pueden convivir dos reali-dades tan distintas?, ¿cómo se soportan? Creo que la más po-derosa de esa serie, en la que hay fotos bellísimas, sobre todo las nocturnas, es aquella en la que se ve Caracas tras una reja vegetal hecha de ramas y hojas. No sabría decir por qué me conmueve tanto esa foto. Pero, ¿acaso no es esa la magia de la fotografía, que nos golpee con un ramalazo de poesía cuando menos lo esperamos, como si se nos abriera una puerta que se cierra casi inmediatamente en nuestra cara, pero que por un segundo nos ha permitido observar el misterio y la belleza de la vida? La antítesis de esa fotografía es aquella en la que, por el contrario, la montaña parece abrir para nosotros un boquete en su capa vegetal, una especie de portal a un univer-so paralelo, que nos muestra, desde la paz y el silencio de su territorio mítico, aquella otra realidad que late de rabia y que ruge como una bestia hambrienta, abajo en el valle.

Y eso es lo que representa *Ávila, sierra grande*: una puerta que se abre, una oportunidad de asomarnos a un territorio fasci-nante y desconocido, que Henry González retrata con los ojos del encantamiento y que nos hechiza a nosotros también. Un territorio que está allí para recordarnos quiénes somos. Un punto de referencia, un faro que ilumina la oscuridad, que nos muestra el camino de regreso a todos aquellos que desde la lejanía añoramos nuestro valle y la hermosa montaña que se eleva sobre él como un tótem protector.

Yo solo puedo darle las gracias a Henry González por este libro.

**Quím Ramos** (Joaquín Ferrer)

es un fotoperiodista y escritor venezolano, actualmente residenciado en Barcelona (España), que ha centrado sus líneas de investigación principalmente en los temas sociopolíticos más importantes de América Latina y Europa. Su trabajo ha sido publicado en The New York Times, Reuters, EFE y Anadolu. En 2015 la Editorial Lector Cómplice publicó su novela *Los rayos también terminan en el abismo*. Cuentos y poemas suyos han sido publicados por las revistas digitales *Letralía: Tierra de Letras*, *Publicarte*, *El Fisgón Magazine* y *Andarte*.







# Ávila sierra grande

## Depósito legal:

XXXXXXXXXX

ISBN:

XXX-XXX-XX-XXX-X

Primera edición

Diciembre, 2021

## Editores

Henry González

Yves Briceño

## Fotografías

Henry González

## Coordinación y concepto editorial

Yves Briceño

## Concepto visual, diseño gráfico y montaje

Gisela Viloria

## Textos

Alfredo Autiero

Jorge Luis Santos García

Keila Vall

Humberto Caballero

Orlando Corona

Joaquín Ferrer

Henry González

Yves Briceño

## Corrección de textos

Hernán Carrera

Zhandra Flores

## Preprensa

XXXX XXXX

Impresión

XXXXX XXXX

## Tiraje

XXXX ejemplares

©2021 Henry González. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en sistema o transmitida en ninguna forma por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin el permiso del autor.

## Agradecimientos

Quiero agradecer a todos mis amigos que hicieron posible estas travesías por el Ávila:

Jesús Ramón García, Ramsés

Balza, Eduardo Peña, Verónica

Valois, Silvia Itriago, Carolina

Fuentes, Juan Carlos Castillo,

Alex Graff, Kevin Oronoz, Cesar

Montagne, Eglantina Di Mase,

Freddy Espinosa, Ramón Dib,

Leiber Romero, Ányelo Torres,

Marley Bonaldi, Juan Andrés

Suárez y Alberto y Mario Osorio

(los morochos)

Por último, a todas las personas

que han sido parte de esta obra:

Alfredo Autiero, Jorge Luis

Santos García, Humberto

Caballero, Keila Vall, Orlando

Corona, Joaquín Ferrer, Kai Siegel,

Cesar Acea, Ricardo Gómez Pérez,

Blas Pifano y Alberto Camardiel.

Henry González



## Ávila, sierra grande

El montañismo en el cerro Ávila representa para Henry González y muchos otros venezolanos una parte esencial de sus vidas. El parque nacional, situado en el tramo central de la cordillera de la Costa, en el norte de Venezuela, es un recurso natural de incalculable valor para los habitantes de Caracas, no solo por su singular belleza y rica biodiversidad, sino también por la oportunidad que les ofrece, muy cerca de la capital, de entrar en contacto con la naturaleza y disfrutar de sus verdes paisajes. En 1972, con 12 años de edad, el fotógrafo, escalador y explorador venezolano subió por primera vez al Ávila. Tras esa ascensión inicial, sintió la necesidad de retratar con su cámara los territorios explorados por él y sus compañeros. Muchos años después, presenta *Ávila, sierra grande*, su cuarta obra, compuesta por 200 fotografías que reflejan su mirada como excursionista por sus relieves, plasman su estrecha conexión con la montaña y buscan concientizar a los lectores sobre su conservación, vital para los habitantes de la capital venezolana. El autor ya ha publicado tres libros: *Una aventura llamada Tepuy* (2006), *Amazonia Orinoquia*, *Gente de Río* (2008) y *Auyantepuy Infinito* (2019).

ISBN: 978-980-18-0029-3

